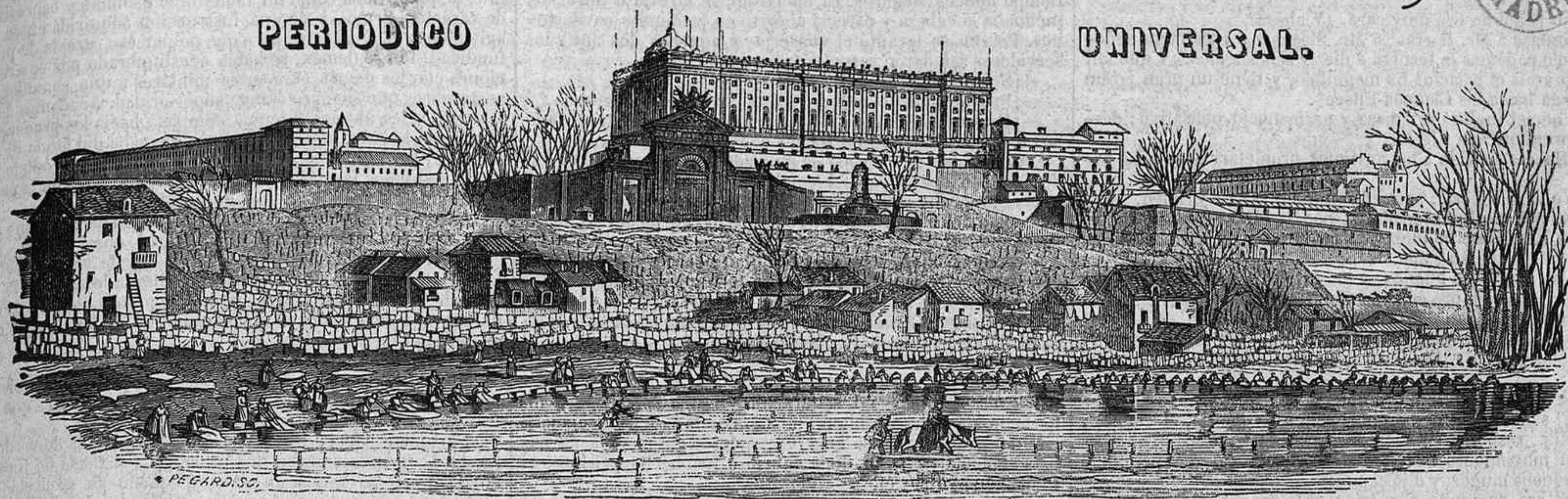


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 8 rs.

NUM. 200.—SÁBADO 5 DE FEBRERO DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 90.

ENRIQUETA BEECHER STOWE.

Mistress Enriqueta B. Stowe, autora de la novela *La cabaña del tío Tomás*, que estamos dando á luz en los folletines de *Las Novedades*, pertenece á una de las familias mas distinguidas de los Estados-Unidos. Parece que el talento es vinculación natural de esta familia; porque, en tanto que el reverendo doctor Lyman Beecher, padre de mistress Stowe, es venerado en el día como el patriarca de los ministros de la congregación de la Union americana, ve en torno suyo á sus numerosos hijos desplegar en la investigación de los objetos que han ocupado su larga y envidiable vida, diversos y notables talentos. Sus cinco hijos son ministros evangélicos. Uno de ellos está considerado como un sabio distinguido; otro, á quien debemos nombrar, Enrique Ward Beecher, es uno de los oradores populares mas enérgicos, y uno de los mejores argumentistas que se conocen; los demás siguen honrosamente los pasos de sus hermanos mayores; todos se han consagrado en cuerpo y alma á la causa del Cristianismo y de la humanidad. Siempre que se trata de la libertad, de la justicia, de los pobres, de Dios, de seguro se verá á un Beecher en la brecha. De las tres hijas del doctor Lyman Beecher, la autora de *La cabaña* es la única que ha conseguido una reputación literaria.

Nacida en la Nueva Inglaterra, en el seno de una familia y de una sociedad donde reinaban las costumbres puras y rígidas de los descendientes de los puritanos, recibió allí su primera educación, y desde la mas tierna edad el ejemplo y los preceptos de su padre le inculcaron los principios cristianos. Desde la oscura aldea donde pasó sus primeros años, se trasladó á la ciudad literaria del norte, Boston, la Atenas de los Estados-Unidos. Algun tiempo después dejó á Boston para trasladarse con toda su familia al oeste, al Ohio, donde habia sido llamado su padre para enseñar la teología. Parece que el carácter y el talento de la autora de *La cabaña* se habian formado en medio de las escenas variadas de estas comarcas recientemente abiertas á la civilización. En efecto, allí empezó su vida activa y escribió sus primeros ensayos.

Del estado de Ohio pasó al de Kentucky, y se dedicó á la enseñanza durante algunos años. Allí supo lo que es la esclavitud, y estudió en las escenas cotidianas que presenciaba, no solo las causas de esas descripciones tan exactas que leen en *La cabaña*, sino tambien ese estilo libre y desembarazado que hace tan apreciable su obra.

Cuando volvió de Kentucky, mistress Beecher se casó con uno de los colegas de su padre, M. Stowe, sugeto apreciable y profesor distinguido.

Habiendo sido destinado M. Stowe á ocupar una cátedra de literatura bíblica en una de las facultades de teología de la Nueva Inglaterra, dejó el oeste y se estableció en New-Brunswick.

En el día M. Stowe habita con su familia en un pacífico lugar que debe toda su importancia á una excelente facultad de teología, Andover, en el Massachussets.

Mistress Enriqueta Stowe ha publicado diversas obras y ha escrito con frecuencia folletines para los periódicos de los Estados-Unidos. Gozaba ya de una reputación distinguida, cuando la publicación de su última obra la colocó de repente en primera línea. Cosa singular, *La cabaña del tío Tomás*, publicada primeramente por capítulos en el *National-Era* de Washington, apenas fué leída; y solo cuando se publicó en tomos fué cuando consiguió llamar la atención pública.

Además de su maravilloso talento como escritora en prosa, mistress Stowe escribe versos tan ricos en sentimiento como en armonía y estilo.

El periódico *El Independiente* de Nueva-Yorck, el mejor escrito y el mas notable de todas las publicaciones semanales americanas, admite sus artículos sueltos.

Mistress Stowe está ahora en la fuerza y con toda la madurez de su talento. Esperamos que el cielo la conceda larga vida, y el mundo la guscará mas de una vez de los frutos de esta alma rica y generosa.

## LAS GENAS DEL DIRECTOR O.

Poco antes de anochecer el día 2 de julio de 1799, echaba pié á tierra un oficial en el patio de uno de los magníficos palacios situados en la calle del Arrabal-San-Honorato. El

conserje, sorprendido con la llegada de aquel ginete, que le habia ordenado bruscamente abrir la puerta cochera, esperaba, con farol encendido en mano, á que el desconocido tuviese á bien explicarle el objeto de su visita. El tal oficial vestia uniforme verde, botas de montar, pantalon blanco de gamuza y sombrero de fieltro, cuyos picos estaban tan llenos de polvo, que apenas se distinguian las borlas ni la escarpela. El caparazon del caballo ostentaba un galon de oro bastante ajado; el maletín era pequeño, pero las pistolas muy grandes. Por último, un sable turco pendia del cinturon del ginete.

—Capitan, dijo al fin el conserje dirigiendo una mirada á las charreteras del oficial, ciudadano capitan, esta casa no está habitada... al contrario... se vende.

—¿Se vende? contestó el oficial quitando el freno y la silla al caballo. ¿Y desde cuándo aca?

El conserje vacilaba, pues el sonido de la voz del oficial parecia haberle conmovido.

—¡Ah! ya lo comprendo, añadió este sin desatender al caballo: esta casa pertenecía sin duda á algun perro emigrado, y la nación, que nunca emigra, se ha hecho propietaria del

—Ahora, dijo, vamos á cubrir á este aristócrata con una buena manta de lana: le dejaremos soplar y sudar á sus anchas cosa de media hora, y después tendremos el honor de presentarle su triple ración de avena. Por lo demás es bueno advertir que si alguno le da de beber sin mi permiso, le levantaré la tapa de los sesos... no al caballo, sino al ciudadano. ¿Me habeis entendido?

—Perfectamente, respondió el conserje.

—Bien, pues ahora pensemos en el ginete. Después de haber besado el labio superior del caballo, salió el desconocido de la cuadra con el sable bajo el brazo y las pistolas en una mano. El conserje se habia apresurado á desembarazarle del maletín.

—Ciudadano oficial, le dijo en el patio, supongo que tenéis papeleta de alojamiento.

—¡Toma! ¿Y os acordais de eso después de haber alojado á mi caballo? Bien, ciudadano, bien: me acordaré siempre de vuestro proceder. En efecto, poseo una excelente papeleta de alojamiento para esta casa, pero declaro...

—Mi capitan, no podeis permanecer en el palacio, porque hace siete ú ocho años que todas sus habitaciones están cerradas, y no hay una cama ni un colchon. Sin embargo, si quereis contentaros con un cuarto, muy limpio, eso sí, no lejos de este patio...

—Acepto, para que estemos cerca uno de otro, valiente. Vamos: ahí teneis para mi cena, porque traigo hambre canina. ¿Como que vengo del Cairo!

—¡Del gran Cairo! exclamó el conserje.

—Del mayor gran Cairo que posee el alto Egipto. Cenaremos en vuestro cuarto.

Y puso en manos del conserje un escudo de seis francos. El honrado portero quiso rehusarlo, pero otro escudo se deslizó en su mano para que hiciese compañía al primero.

—Este, le dijo el oficial, es de cinco francos y tiene la efigie de la República: si se bate con el otro, que es aristócrata, tanto mejor: mejor hubieran hecho todos esos reyes en conformarse algo mas con el sistema decimal: Vamos á cenar, ciudadano.

El conserje no contestó una palabra, temiendo sin duda que otro escudo se deslizase en su mano. Precedió al forastero y ambos llegaron á una gran pieza del piso bajo, bastante mal alumbrada, aunque amueblada con cierto gusto del antiguo régimen, que no se asemejó á las miradas del oficial.

—¿Aquí habitais? dijo. ¡Demonio! En Egipto llamaríamos á esta habitación la sala del diván.

—¿Quereis seguirme, mi capitan? El cuarto que os destino está arriba.

—Poco á poco y cenemos aquí, porque no me he apeado del caballo para subir escaleras. Desde Tolon hasta París no me he quitado las botas.

—¡Pobre jóven! murmuró una voz que salía de un ángulo de la pieza.

—¡Hola! ¿Con que no estamos solos?

—Mi capitan, es mi muger, replicó el conserje algo desconcertado.

Acto continuo se adelantó hacia ellos una vieja vestida de negro y apoyándose en un palo.

—Veamos, veamos, exclamó. ¿Llegais del ejército de Egipto, señor oficial?

El capitan se habia sentado sin cumplimientos en un sillón inmediato á la mesa, sobre la cual el digno conserje extendia un mantel blanquísimo y colocaba vasos, dos botellas, platos y pan.

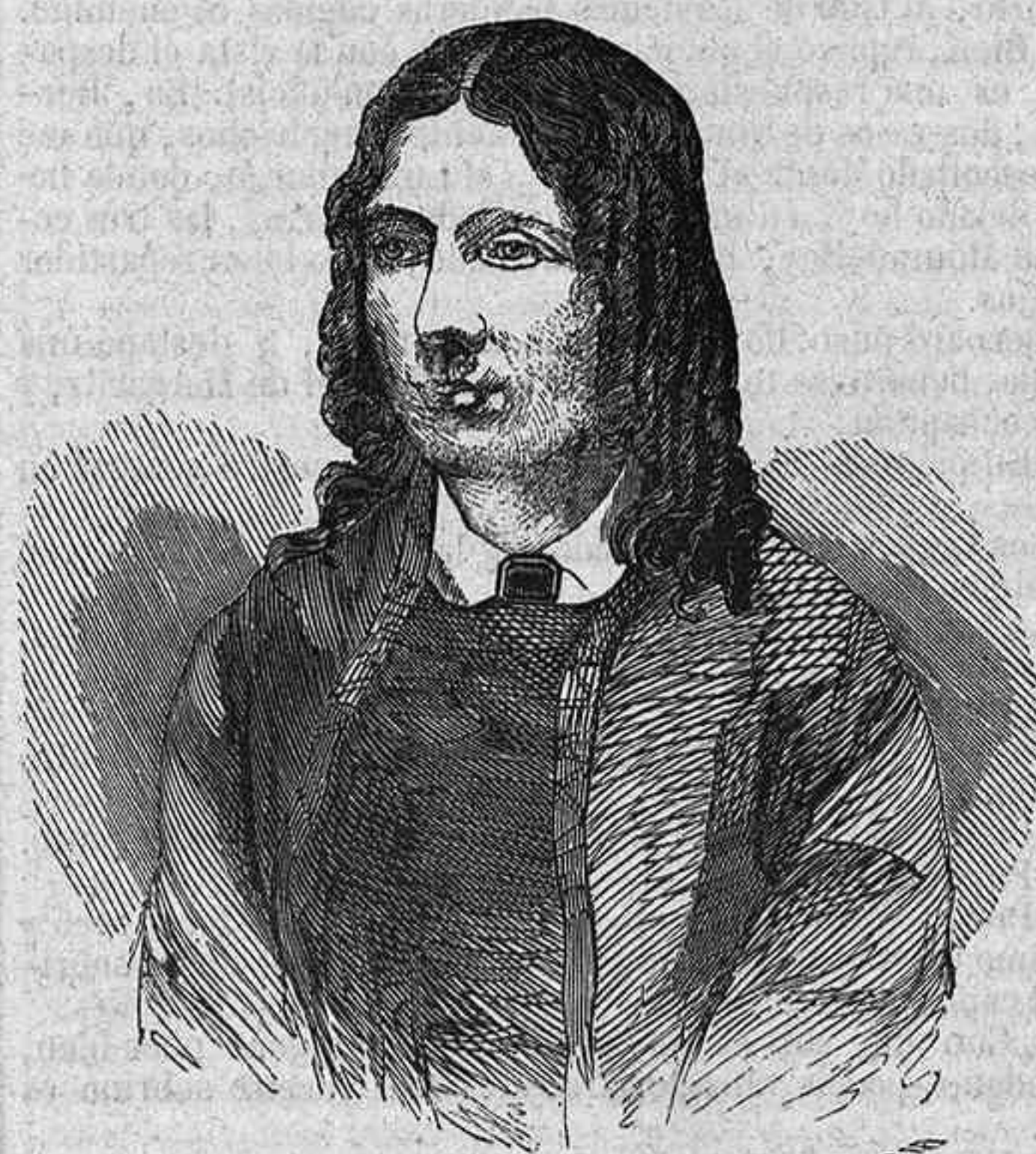
—Mi muger está enferma, dijo, lo cual no perjudica en un ápice á su curiosidad: tened paciencia y esperad un momento, pues voy á buscar cena á cuatro pasos de aquí, al *Ciervo nacional*.

—Es decir, al *Ciervo ex-real* ¿no es eso? repuso el desconocido riéndose. Ya veis lo que ganan los ciervos con sus pretensiones aristocráticas. ¡Ah! Os prevengo que de la familia del ciervo me gusta el *corzo*, así como entre las aves la perdiz.

El conserje voló hacia la calle de San Honorato, y la vieja permaneció silenciosa en presencia del oficial, pero encendió una vela y la puso en la mesa. El militar le volvia la espalda arrellanándose en el sillón, como hombre que no se habia quitado las botas desde Tolon hasta París.

—Ciudadana, dijo al fin, ¿á quién pertenece este palacio?

—¿A quién? contestó la vieja casi incomodada: á la señora Nación; es una propiedad nacional. ¿Quereis comprarlo, señor



Enriqueta Beecher Stowe.

palacio. Ha obrado bien, ciudadano, pero entre tanto, hé ahí mi caballo, que es un árabe de raza pura, como veis. Las cuadras estarán vacías, pero los graneros no: llevadme pues á ese perillan y concededle un puesto de honor, paja hasta los ijares y tres buenas raciones de avena. Acaba de llegar, via recta, del Cairo, de Egipto, se entiende, por mar y por tierra. Pero ¿qué demonios haceis ahí tan tieso como una cigüeña sobre una cornisa? Acabemos de una vez, ciudadano, acabemos.

Y cogiendo el ramal del caballo se dirigió hacia la cuadra, como si conociese perfectamente todas las localidades de la casa. Seguíale el conserje cada vez mas admirado, y vió que el oficial abrió la puerta, acabó de quitar la brida al árabe de raza pura, como le llamaba, y lo instaló en uno de los mejores pesebres de la cuadra. Después desfiló á la derecha, subió una escalera y volvió del granero, ó depósito de forrajes, cargado de paja fresca. El conserje observó con estremeamiento que repetía esta operación tres veces, hasta que por fin, luego que la paja hubo llegado casi á la altura de la cadera del caballo, el oficial empezó á pasarle y repararle las manos por los lomos con una destreza y un vigor enteramente juveniles.

capitan? Os lo darán por 150,000 francos, pero en escudos contantes, porque los galantes asignados han dejado ya de representar el papel de moneda corriente. ¡Pobre pueblo, que estaba reducido á pagar, hace seis meses, 3,000 francos por una libra de ternera!

—En papel no era muy cara. ¿Y ahora?

—Gracias á Mr. Barras, á Mr. Sieyes y á esos otros señores, solo pagamos la ternera á diez y seis sueldos. ¿Y que tal? ¿Comprareis el palacio? Es magnífico, y tiene un gran jardín que llega hasta los Campos-Eliseos.

El oficial inclinó la cabeza y permaneció pensativo: después preguntó á la vieja:

—¿Habeis servido á los antiguos propietarios de este palacio?

—Yo... sí señor... pero creo que no sea un crimen.

—No por cierto, ciudadana: podeis hablar delante de mí, porque nunca me he mezclado en la política. Un soldado no conoce mas que su sable.

—Os creo de los buenos, y me inspirais confianza: por eso os digo, que siempre echo de menos á mis desgraciados amos de otro tiempo.

La muger del conserje enjugaba una lágrima al pronunciar estas palabras. El oficial la miraba con disimulo y murmuró:

—Creo que el último propietario se llamaba...

—El señor de Vitry, ó como antes se decía... el conde... de Vitry, respondió la vieja bajando la voz.

Un movimiento nervioso del oficial pasó desapercibido para aquella muger, y dijo al punto:

—Y ese ex-conde ¿no ha tenido mas heredero que la Nación?

—Murió en la plaza de la Revolucion, exclamó la vieja ahogando un suspiro.

El capitan se levantó bruscamente y empezó á pasearse por la pieza, con la cabeza baja y las manos cruzadas hácia atrás, como un hombre muy preocupado.

El conserje llegaba seguido de un criado de la fonda, que conducía un cesto. La vista de la cena pareció que reanimaba al oficial, pues su fisonomía volvió á adquirir aquella jovial serenidad que le era propia. Verdadera ó fingida, la alegría del capitan provocaba el buen humor de los demás. La misma vieja olvidó sus tristes recuerdos.

—¡Bravo! gritó el oficial al contemplar la cena que le servían. Este es un festín. ¿Esperais por ventura al Directorio esta noche?

El de la fonda acababa de colocar en la mesa un gran trozo de corzo mechado, un gran pastel de jamon dorado, un lebrato en salsa, ensalada de lechuga, fresas, naranjas y dos botellas de vino.

—Sentaos, capitan, dijo el honrado conserje: esta noche cenais por vuestro dinero, pero mañana me tocará á mí la vez.

El oficial exigió que se aumentasen dos cubiertos mas, añadiendo:

—Amigos míos, ya que soy el anfitrión, Igualdad y Fraternidad. Cenemos juntos.

El conserje y su muger aceptaron, pero no sin haber llevado antes el primero la triple ración de avena, prometida al caballo árabe, con gran contento de su amo.

Buen apetito y buen humor se hermanan perfectamente cuando uno llega de lejos; y en efecto, el oficial, que no se había descalzado desde su salida de Tolon, experimentaba todas las sollicitaciones apremiantes del mas pronunciado apetito.

—¡Doscientas leguas á caballo, mi capitan! exclamaba el conserje.

—Doscientas cincuenta, bravo mio, y casi siempre al trote, cuando no era al galope, porque ese corcel de pura raza árabe es el fenómeno de la creacion: el espacio le anima y el movimiento le presta nuevas fuerzas. Hay caballos en Egipto, que van de un escape desde la puerta del Cairo hasta la gran Pirámide; treinta leguas mortales. El que está en la cuadra me ha traído desde Tolon en doce dias, y si hubiera querido yo, estaria en París desde antes de ayer. Lo cogí en un encuentro de caballería, y era de un picaro bey de Egipto, que mandaba á los Mamelucos, en las orillas del Nilo, el día del combate de Ramanieli. El negocio se arregló de este modo. Después de haber deshecho de un pistoletazo la cabeza de un bey mulato, le hice perder los estribos de un empujón, y agarré el caballo de la brida. Ya era tiempo, porque el que yo montaba recibí en el mismo instante un balazo en el pecho: desde entonces no he tenido mas caballo que ese, bien en Egipto, bien en Siria. Murat me tenía envidia, Lannes me ofreció por él una fuerte suma, pero yo solo se lo hubiera cedido al general en jefe, en el caso de que le faltasen buenos corredores. Me alegro pues de haberlo conservado, porque nos proponemos hacer juntos una buena campaña en Italia, ya que, segun parece, se cubre el horizonte por ese lado. Paciencia.

Mientras el oficial hablaba, observábanle sus compañeros de mesa con viva ansiedad. Al sentarse se había quitado el sombrero, y su rostro se descubría á luz plena. Aquel rostro era delgado, estaba como tostado por el sol de Egipto, pero descubría una finura y una energía notables. Sobre la ceja derecha tenía una cicatriz poco profunda y muy larga: sus facciones eran severas y regulares; su bigote de color castaño y muy prolongado; una enorme coleta bien atada sujetaba sus cabellos, y le caía sobre el cuello del uniforme. Lo que particularmente llamaba la atención del conserje y la de su muger, era la expresión de sus miradas, el sonido de su voz, y una gruesa sortija de oro que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda.

—Mi capitan, dijo de pronto el conserje, perdonad mi curiosidad, pero yo he visto vuestro rostro en alguna parte.

—¿De veras? contestó el oficial, bebiendo con calma un vaso de vino.

La vieja no cesaba de mirarle con la mayor atención y ya no cenaba.

—¿Hace mucho tiempo que habeis dejado la Francia? le preguntó el conserje.

El oficial vacilaba para responder, cuando levantándose la vieja y empuñando el palo, se dirigió á una alacena y abrió un cajón. En seguida volvió á la mesa, y enseñando un medallon á su marido, le dijo:

—Mira, Bernard, mira.

El conserje dirigió la vista alternativamente al retrato del medallon y al semblante del militar. No tardó en desprenderse de sus ojos una lágrima: su muger lanzaba al mismo tiempo hondos suspiros. El oficial no se atrevía á mirarlos, inclinaba la cabeza y parecía absorto en profundas cavilaciones. Por fin se levantó el conserje, y aquellos dos antiguos servidores saludaron respetuosamente al capitan.

—¡Señor Conde! dijo Bernard.

—¡Providencia del cielo! exclamó su digna consorte.

—Bernard! ¡Margarita! murmuró el oficial estrechando sus manos. ¿Cómo no me habeis conocido hasta ahora?

Aquella fué una escena de emociones vivísimas. El oficial del ejército de Egipto, el conde Raimundo Vitry oprimía contra su pecho á dos criados de su padre, que habían permanecido fieles guardianes de su palacio, en medio del furor revolucionario.

—Amigos míos, les dijo el capitan, recobremos nuestra calma, nuestra serenidad, y sobre todo nuestra sangre fría. Margarita, basta: no me beseis las manos; Bernard, no volváis á llamarme Señor Conde: soy el capitan Raimundo, soldado al servicio de la República francesa, y si convenís en ello, sobrino vuestro.

—¡Dios mio! exclamó Margarita.

—En eso estriba mi seguridad. Vuestro sobrino era mi hermano de leche y tenía mi mismo nombre. Marchó al ejército del Sambre y Mosa en 1792, y desde entonces nada habeis sabido de él. Sin duda murió ó fué hecho prisionero. Pues bien, yo soy él.

—Lo entiendo, repuso Bernard enjugándose las lágrimas: sois nuestro sobrino Raimundo, capitan.

—Y oficial ayudante del general en jefe Bonaparte.

Bernardo llevó su mano hasta la altura de la ceja derecha: este saludo militar agradó al conde, quien dijo al punto:

—No lo olvideis: Raimundo Bernard, al servicio de la República, hace ya seis años, y que ha hecho la campaña de Italia á las órdenes de los generales Lannes, Murat, Berthier, Andreossy, Massena y otros valientes jefes de brigada y de division, al frente de los cuales se encuentra el grande hombre llamado Bonaparte: Raimundo Bernard, que marchó á Egipto con el ejército expedicionario siendo subteniente y que vuelve á Francia con el empleo de capitan, merced á los furibundos sablazos que tuvo á bien distribuir en los combates de Ramanieli de las Pirámides, en la llanura del Cairo, en los sitios de Jaffa, de San Juan de Acre y otros teatros, testigos de nuestro valor y de nuestra adhesión á la República. Inútil es que os diga esta noche por qué y cómo me encuentro hoy de vuelta en París: permitidme únicamente que os jure que no he desertado de mis banderas.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando sonaron tres golpes redoblados en la puerta cochera del palacio. Bernard se apresuró á abrir, y pocos minutos después entraron dos dragones en la habitación del conserje.

Saludaron al conde militarmente, y uno de ellos le dijo:

—Capitan, venimos á recibir la orden.

—Os la darán mañana á las diez en el Estado mayor de la plaza, respondió el conde: allí estaré yo.

—Mi capitan, añadió el otro dragon: hé aquí un despacho que ha llegado del palacio de Luxemburgo. El estandarte de tres colas, que esta mañana habeis presentado á los ciudadanos Directores, se ha colocado en el salon del Consejo del Directorio, al lado de las demás banderas cogidas al enemigo.

—Bien, replicó el oficial recorriendo con la vista el despacho: es una respuesta á mi comunicacion oficial. Ea, Bernard, dos vasos de vino á estos valientes muchachos, que me han escoltado desde el Cairo hasta el Luxemburgo, donde hemos dejado hoy, en manos del ciudadano Barras, las tres colas de Mourad-Bey, bribon redomado, pero buen repartidor de tajos.

Bernard puso dos vasos mas en la mesa, y destapó una botella: llenáronse todos los vasos, incluso el de Margarita, y gritó el capitan:

—En pié todo el mundo: á la salud de nuestro general en jefe.

Los vasos quedaron agotados; y la vieja tocó el suyo con los labios.

—A la del capitan Raimundo, el valiente de los valientes, exclamó un dragon.

—Calla, bribon, dijo el oficial.

—Al empleo del coronel para mi capitan, añadió el otro dragon.

—Bien dicho, contestó el conde, y á tus galones de sargento.

—Pica que consueta, observaron los dragones.

—Poco á poco, repuso Bernard resentido: es Jerez seco y legitimo de veinte años, que sale á luz en honor de mi sobrino el capitan Raimundo.

—¿Con que sois su tio? respondió un dragon: pues bien, ciudadano, podeis vanagloriaros de que vuestro sobrino es un...

—¿Un qué? preguntó Bernard.

—Callarás, charlatan? dijo el capitan.

—Imposible, mi capitan.

—¿Mi sobrino es un qué?...

—¡Ira de Dios! un héroe.

—Basta, basta; dejémos de tonterías, y mañana á las diez al Estado mayor, replicó el oficial.

—Salud y Fraternidad, mi capitan.

Los dos dragones se marcharon al fin, y Raimundo, después de dar algunas órdenes á Bernard y á Margarita, subió á su cuarto, donde el digno conserje le ayudó á quitarse las botas, que estaban apegadas á las piernas por una costumbre de doscientas cincuenta leguas.

Un cuarto de hora después, el capitan Raimundo dormía en una excelente cama el sueño de los valientes.

## CAPÍTULO PRIMERO.

La calle Chantereine.

Al día siguiente, después de haber llenado en el Estado mayor de la plaza las formalidades necesarias para su permanencia en París, el capitan Raimundo se dirigió á pié hácia la calzada de Antin. Iba de pequeño uniforme de campaña, aunque se había acicalado con elegancia. Un sastre había ido muy temprano á su alojamiento, y ayudado de un excelente

peluquero y de un limpia-botas afamado, había convertido al oficial de Egipto en un almirante militar de París.

Apenas frisaba Raimundo en los veinte y seis años: su estatura era mediana, aunque esbelta y juvenil: en una palabra, se presentaba como un hombre de fisonomía espresiva, de carácter, firme, y de una instrucción adquirida entre las agitaciones de la guerra, pero que no por eso carecía de profundidad. Por lo demás, se había acostumbrado por sus relaciones con los demás eminentes militares á una sencillez de costumbres que siempre denota superioridad. Añadamos á estas cualidades una indiferencia completa hácia las preocupaciones de la vida, una alegría que dimanaba del fondo de su carácter, y un gusto apasionado por la gloria y por todo lo bello, y podremos formarnos una idea casi completa de la parte moral y de las ventajas físicas de nuestro oficial.

Aunque hacia siete años que había salido de París, no parecía muy interesado en los cambios que observaba en sus edificios. Proseguía derecho su camino, y de vez en cuando levantaba la cabeza, como para consultar la longitud y la latitud de la larga calle que recorría. De pronto dobló una esquina, y ya solo se ocupó de los números de las puertas cocheras. Por fin se detuvo.

—Número 30, dijo: aquí es y voy á verla.

Al mismo tiempo, como si experimentase una violenta opresión de pecho, aspiró algunas bocanadas del aire que refrescaba en aquel sitio las hojas de los árboles.

El capitan llamó á una puerta cochera pintada de verde, y no tardó en penetrar en una prolongada alameda de tilos, á cuyo extremo se elevaba un palacio pequeño de modesta arquitectura, pero cuya elegancia exterior y la gradería llena de hermosos jarrones de flores, revelaban que la gracia y la distinción ocupaban aquel recinto.

Apareció un criado sin librea, y preguntó á nuestro militar:

—¿Sois el capitan Raimundo?

—Sí, ciudadano, respondió este algo dudoso, pues ignoraba cómo calificar á su interlocutor.

El criado se sonrió y dijo:

—La señora ha recibido vuestro billete, y tengo orden de introducirlos.

—¡Demonio! pensaba Raimundo, al paso que seguía los pasos del criado. No es mala ensalada la que hago yo con mis ciudadanos y ciudadanas: parece que la buena sociedad francesa va echando nuevo pelo.

Atravesó un vestíbulo adornado con varios bustos de mármol, y llegó á un salon del piso bajo, cuyas ventanas daban á un terradillo cubierto de flores.

Allí quedó solo un momento. Su primera idea fué una sensación, pues un suavísimo olor de verbena perfumaba el aire de aquella estancia. Raimundo recordó entonces los fuertes olores que la brisa de la tarde roba á las orillas del rio en el bellísimo suelo de Egipto.

Abrióse una puerta en el fondo del salon, y el oficial vió entrar en él á una muger de mediana estatura, cubierta con un elegante peinador de muselina blanca, con la cabeza descubierta y en la mano una carta abierta, que probablemente había leído y releído mil veces.

Aquella muger tenía treinta años, pero su gracia, su donosura y sobre todo su sonrisa se habían fijado en los veinte: su peinador blanco sujeto á la cintura, dejaba adivinar un vulto encantador, mórbido y de una finura de formas incomparable.

—Señor capitan, dijo á Raimundo, os estoy sumamente agradecida. No bien llegasteis ayer, cuando tu visteis la atención de enviarme esta carta, que esperaba hace mucho tiempo.

El capitan se inclinó, y como una señal benévola le invitó á sentarse, cogió un sillón y lo adelantó hasta la distancia de tres pasos de la señora de la casa.

El lector nos ha adivinado ya: aquella muger tan sencilla en su tono y en sus maneras, tan distinguida, tan espresiva en sus miradas y en sus sonrisas, era la esposa de Bonaparte.

El capitan Raimundo experimentaba en su presencia una emoción, que puede explicarse fácilmente, si recordamos lo mucho que la amaba entonces el general en jefe del ejército de Egipto, y la simpática admiración de que era objeto en París. Pero acordándose del objeto de su visita, y recobrando su serenidad, dijo:

—Anoche, señora, recibiste por uno de mis dragones una carta del general: sin duda me hubieran quitado la vida antes de quitarme esa carta que he traído del Cairo, pero os aseguro que hubiera sido necesario matarme dos veces para que yo me deshiciese de esta otra que debo poner en vuestra propia mano.

(Continuará.)

## RECUERDOS DE VIAJE.

(Conclusion.)

Monfortaine.—El parque y el palacio.—Ermenonville.—Sepulcro de J. J. Rousseau.—Emilio de Girardin.—Chantilly.—El palacio y los jardines.—Enguén y Montmorency.

Limita los jardines un espacioso bosque, poblado de todo género de caza. Casi en el centro y haciendo frente á diez y seis calles de árboles, que cada una conduce á diferente sitio, se ve una magnífica mesa redonda de piedra, que servía, y acaso sirve hoy, ya para tomar un confortante almuerzo antes de empezar la caza, ya para distribuir las piezas después de concluida. Cruzan el bosque varios riachuelos, y algunos lagos formados por estos, que deben realzar las emociones y peripetias naturales á este agitado ejercicio. Por una de aquellas calles y atravesando uno de los lagos bastante estenso, sobre un puente de madera, en no muy buen estado por cierto, llegamos á la casa de la reina Blanca, situada á uno de los extremos del bosque. Este edificio de puro estilo gótico es pequeño, y apenas podría vivir en él cómodamente una reducida familia. Dicen que era el sitio predilecto de la española Doña Blanca, reina de Francia y madre del piadoso San Luis. Lo solitario del sitio, lejos del bullicio de las ciudades, y aun de los pueblos, sus montuosos alrededores, y lo oculto del retiro, debieron proporcionar grato solaz á la que, aunque nacida junto al trono, y ocupando otro, se preocupaba mas de la

contemplacion celeste que de las cosas mundanales. La capilla ó oratorio es un modelo de arquitectura y de belleza. Los rayos del sol, paliados por los opacos colores de las pintadas vidrieras, esparcen una luz templada y muy propia para meditar; y es tal el misterioso silencio que allí se encierra, que pueden contarse una á una las palpitaciones del corazón y las aspiraciones de nuestros labios. Era ya de noche casi cuando dejamos aquel sitio solitario, y las sombras que proyectaba la luna por entre los árboles, parecían que eran otras tantas figuras de guerreros de la segunda cruzada. Porque allí, cuenta la crónica, fué donde se resolvió el armarse contra los enemigos de la cruz; y de aquel recóndito punto salió el impulso real que arrastró tras sí á la nobleza francesa. ¡Qué época aquella tan memorable por su entusiasmo y su valor! Ahora, si mal no recuerdo, aquella linda casita gótica, que solo oyó allá en su tiempo el canto piadoso de la hija de Castilla, y el seco resonar en el pavimento de las espadas y lanzas de los fieles vasallos de su santo hijo, sirve para alimentar con sus aguas un humilde telar de lienzo ordinario, con el que ganan el sustento unas pocas familias. Tal es el mundo, y tal el espíritu que domina á épocas tan diferentes. So la bandera de las lises de San Luis, los nobles héroes que le visitaban en su retiro hubieran creído verse rebajados al atravesar los talleres de un artesano para llegar hasta la régia habitación; y hoy esos industriales miran con asaz indiferencia todo aquel fausto y opulencia. ¡Destronamiento sobre destronamiento! ¿Quién sabe, si andando el tiempo, estos mismos reyes de la época, si esa industria y esas artes mecánicas elevadas hoy día á una altura tan elevada, no se verán destronadas á su vez por algo desconocido, que en el día se desprecia? No obstante, por mas que el espíritu especulador del siglo se afane y trabaje, no imprimirá jamás á los monumentos que deje, ese aire de gravedad y magnificencia que la época caballeresca y guerrera de los antiguos siglos imprimió á los suyos. El Partenon griego de la plaza de la Magdalena de París, con sus soberbias columnas y su blanca fachada, transformado en iglesia, no oscurecerá jamás la imponente majestad y el profundo respeto que inspira la catedral de Nuestra Señora; ni el soberbio panteon que tantos y tan diferentes usos ha tenido, eclipsará la antigua arquitectura de San Esteban del Monte, su vecina. El siglo actual, con su insano y pasajero orgullo, no puede dar á los templos cristianos esa luz sombría y religiosa que convida al recogimiento y á la oracion. Es verdad que los dichosos del siglo se encontrarán mas á sus anchas en las funciones religioso-profanas en la anchurosa nave de la primera, pudiendo ver y ser vistos mejor; pero el alma que sufre y busca el consuelo del recogimiento, se anidará con mas preferencia y gusto entre las delgadas columnas que sostienen la elevada techumbre de la segunda.

Y hé aquí, amigo querido, cómo de reflexion en reflexion y sin preveniros he regresado á la gran capital de donde he salido esta mañana. Es verdad que era ya tarde cuando dejamos el retiro de Blanca de Castilla y su sombrío bosque, y entonces no habia camino de hierro que nos hiciese pasar en pocos minutos las diez leguas que nos separaban todavía de los frecuentados *bulevares*. La velocidad mayor de nuestra locomotora consistia tan solo en el trote largo de cuatro caballos, y en la mayor ó menor gana que el postillon tuviera de llegar pronto á la parada. Pero como la noche era templadísima y bella, la luna brillaba con límpida claridad, y nadie esperaba con vivas ansias nuestro regreso, dejamos á merced de nuestro guia el llegar mas ó menos pronto, y sentados los cuatro unos enfrente de otros, nos entregamos á recordar minuciosamente los sitios que habíamos recorrido. Era el epílogo hablado de nuestra narracion meditativa. Al regresar de una excursion, después de visitar diferentes sitios y recibir por lo tanto impresiones diferentes, el ánimo se complace en recorrer de nuevo aquellos sitios, clasificar los sentimientos que han inspirado, y poner en orden las ideas. Con esta ocupacion agradable cuanto provechosa, atravesamos el popular Montmorency, cita de los apasionados amantes de la clase media de París en los domingos y fiestas de guardar; los baños de Enghien, donde los mismos dias se celebran bulluciosos bailes y fiestas campestres, entrando en la gran capital, á la hora que el cerrar de las tiendas indica que es ya llegada la hora del descanso para la gente trabajadora, mientras que los ociosos y vigilantes nocturnos se aprestan, unos á probar fortuna en los garitos de buen tono, y los otros á recorrer las calles asegurando la pública tranquilidad.

LUIS MIGUEL Y ROCA.

## EL TRABAJO Y LA PEREZA.

(Conclusion.)

Blaireau escuchaba al oficial con la boca abierta y los ojos abiertos: no podia creer lo que acababa de oír. ¡Él un reloj! Se realizaba el sueño de toda su vida, porque cuando era soldado, poseer un reloj le parecia la suprema felicidad: las charreteras, las cruces, los honores, eran quimeras para el pobre espósito, pero ¡un reloj! Lo miraba pues sin atreverse á recibirlo, hasta que por fin salió de sus ojos un torrente de lágrimas, tomó el regalo, lo besó mil veces, y se hubiera prosternado ante su antiguo jefe, si este se lo hubiese permitido.

Fué por fin á reunirse con M. Delcourt, su nuevo protector, y le enseñó la alhaja que acababa de obtener.

—Es un talisman, le dijo este, y creo que en París te espera una buena fortuna. Ea, subamos á la silla y Dios nos dé buen viaje.

Trascurrieron algunos años. Blaireau, por su actividad y buena conducta, llegó á ser el hombre de confianza de Monsieur Delcourt, y á la muerte del cajero ocupó su plaza en aquella rica y acreditada casa de comercio. Mr. Delcourt, cansado de estar al frente de los negocios, le dejó casi completamente su direccion.

Ya no era el mismo que en otro tiempo, pues quiso colocarse á la altura de su posicion: así que, la escogida lectura á que se entregó, y las buenas relaciones que habia adquirido, desarrollaron su talento y estendieron la rectitud de su juicio. Nadie hubiera sospechado que el mendigo y el espósito se ocultaba bajo un traje elegante: nadie le hubiera conocido

por los discursos razonados que pronunciaba el principal dependiente de la casa Delcourt.

El comerciante llegó á quererle como á un hijo, y aun entre los amigos íntimos de la familia circuló la voz de que en cuanto saliese del colegio la señorita Blanca, hija única de aquel, se proponia quererle como yerno.

Blaireau era dichoso, pero no ingrato, porque siempre conservaba una correspondencia seguida y una amistad estrecha con el buen capitán, causa primera de su fortuna. Aquel cariño no era ya el que debemos á un protector obligado, sino el de dos hombres que se aprecian y saben comprenderse. El reloj, don precioso recibido con tanto entusiasmo, conservaba tambien su sitio, y cuando le ofrecian otro de mas precio, ó mas de moda, solia decir:

—Este es mi talisman, el recuerdo de un verdadero amigo, y nunca se separará de mí.

Cierta dia que se hallaba trabajando como de costumbre, llamaron suavemente á la puerta de su gabinete, y acto continuo se presentó á su vista el capitán.

—¡Eduardo! exclamó Blaireau levantándose y abrazando á su amigo. ¿Es dichoso ó desgraciado el motivo que aquí te trae y que te hace abandonar tu familia en el rigor del invierno?

Vengo á pedirte un favor, le contestó el capitán, y como lo que tengo que confiarte es demasiado grave para escribirlo, me he decidido á hacer este viaje.

Habla, amigo, pues sabes que puedes disponer de mí.

—Es asunto fácil, pero necesita muchísima discrecion: por eso he contado contigo, ya que no puedo obrar por mí mismo. Para que me comprendas, debo traer á la memoria un tiempo penoso para los dos, aquel que pasamos juntos en el regimiento. Sin duda te acuerdas de mi pobre hermano, que murió tan desgraciadamente, pero ignora las causas de aquel infortunio, y de eso quiero hablarte. Ya sabes que mi hermano Julio era oficial, como yo; tenia un corazón noble y generoso, y una cabeza loca, ligera y estravagante. Al salir del colegio de Sain-Cyr, entramos los dos en un mismo regimiento y partimos para la Argelia. Yo ascendí con rapidez, pero Julio permaneció en su mismo grado, porque su mala cabeza predispuso á los jefes contra él, de modo que pasaba la mitad del tiempo arrestado y la otra mitad disputando ó riñendo con sus compañeros de servicio. Un dia, después de comer, se hallaban los jóvenes subtenientes enardecidos por el vino y los cigarros; hablaron de las hermosas de la ciudad y se soltaron algunas palabras acerca de una joven recién llegada. Julio tomó vivamente su defensa sin conocerla ni aun de nombre, y hasta allí cumplia con su deber, pero habiéndose acalorado la discusion y empeñándose los demás oficiales en sostener la calumnia, á pesar de la inocencia de aquella joven, pues la he sabido después, se comprometió mi hermano á casarse con ella, á fin de ponerla al abrigo de un hombre honrado que la protegiese.

Al dia siguiente me refirieron la ocurrencia, pero no le di la menor importancia; sin embargo ¡cuál fué mi sorpresa, cuando, trascurridos unos cuantos dias, me enseñó mi hermano una carta, por medio de la cual solicitaba de nuestro padre la autorizacion necesaria para casarse con la joven, objeto de la disputa! Le hice mil reflexiones, diciéndole que su prometida podria ser la virtud personificada, pero que él debia tener presente la sentencia de César: *No basta que una muger sea pura; es preciso que todos crean que lo es.*

—¿Has acabado el sermón? me dijo al fin: ya sabes que cuando me decidí á hacer una cosa, nada puede detenerme; toma pues el partido de dirigir mi carta.

—No por cierto, le contesté con severidad; no lo haré, y voy á escribir á mi padre tu locura, para que te llame al orden y á la razon.

—Como quieras, repuso con una sangre fria que me dejó admirado. Trascurió un mes, durante el cual le vi pocas veces, y supe luego por otro oficial que mi padre se habia negado formalmente á sus instancias. Fuí á verle, me recibí con frialdad, y ni súplicas ni amenazas fueron bastantes para apartarle de su resolucion. Estas disensiones de familia llamaron la atencion; el coronel del cuerpo quiso unir sus observaciones á las nuestras, y se negó á conseguirle la licencia del ministro de la guerra. Julio, en vista de esto, presentó su dimision y se casó con pompa en la iglesia principal de Argel. Ya supondrás que ni mis compañeros ni yo asistimos á la conclusion de aquella estravagante locura.

Pocos meses después empezó á reinar la miseria en la nueva familia, pues mi padre se negó á enviar recursos á Julio: yo procuré olvidar sus faltas y me presenté en su casa; pero no me recibieron. ¡Pobre hermano! Por último, supe un dia que acababa de ser muerto en desafio por uno de sus antiguos camaradas, que quiso convencerle de que habia cometido una necedad. Llegué á su casa cuando estaba espirando, y con una mirada me recomendó á su muger y á su hija. La primera, sin embargo, habia heredado el odio de su marido y nunca quiso verme ni recibir de mí el menor favor. Estos disgustos influyeron en mi salud y me retiré del servicio para reunirme con mi padre, que murió poco después. Entonces procuré adquirir noticias de la viuda de mi hermano: habia venido á París, donde trabajaba para sostenerse con su hija, y dispuse que le entregasen la parte de herencia de su marido; pero me la devolvió diciendo, que pues habia sido rechazada por la familia, nada queria aceptar de ella. Yo he negociado con la suma, á fin de aumentar el capital de mi pobre hermano, y he depositado cincuenta mil francos para dote de su hija, conservando otra cantidad igual para la viuda. He sabido además que un tío suyo ha muerto en América, y aunque ella cree que era rico, lo cierto es que nada ha dejado. Ahora bien: debo aprovecharme de su error y traigo la suma referida para que se la entregues como si la hubiese recibido la casa Delcourt de su corresponsal de los Estados-Unidos: como mi cuñada ignora nuestras relaciones, nada podrá sospechar. Ya comprendes la importancia de mi secreto: júrame que lo guardarás religiosamente, pues de ese modo, la viuda y la huérfana tendrán con que vivir, y me harás un favor de gran precio para mí.

Blaireau estrechó las manos de Eduardo, y ofreció cumplir exactamente todos sus deseos. El capitán se marchó tranquilo, y Juan pasó á casa de la viuda para poner en sus manos los cincuenta mil francos de que era depositario.

El mismo dia de la llegada del capitán, habia recibido Blaireau sesenta mil francos para la casa, y se disponia á registrar la suma, cuando le interrumpió la visita del capitán. Acordándose, después de haber estado en casa de la viuda de Julio, de que tenia que hacer un pago, fué á echar mano de aquella cantidad y se encontró con que habia desaparecido. Lleno de inquietud, llamó á German, su mozo de confianza, para preguntarle si Mr. Delcourt habia entrado en el gabinete y cogido la cartera que contenia los sesenta mil francos, y supo con desesperacion que Mr. Delcourt no habia vuelto á casa desde la mañana.

German habia sido protegido por Blaireau, que lo encontró lleno de miseria en una puerta cochera: recordando sus desdichas de otro tiempo, quiso devolver á otro infeliz lo que el cielo habia hecho en favor suyo: lo llevó pues á su casa, le dió ropas y alimentos, y por último le hizo entrar al servicio del establecimiento que dirigia. German se mostraba tan reconocido y tan adicto á su bienhechor, que este último le concedió toda su confianza.

No bien supo German que habia desaparecido aquella suma importante, cuando alborotó la casa, exigiendo un registro general. Blaireau se opuso á ello, pero el mozo, por el exceso de celo, fué á dar parte á la autoridad. Esta tomó sus medidas, y como no se reconoció ningun culpable entre los demás dependientes, fué acusado Blaireau. Furioso Mr. Delcourt por aquella injusticia, respondió de la probidad de su cajero; pero el procurador del tribunal pidió su prision. Todos los compañeros del acusado y los criados de la casa declararon en favor de su jefe; pero uno presentó pruebas de su culpabilidad: este acusado fué German, asegurando que efectivamente Blaireau habia sustraído la suma para llevarla á casa de una viuda, que trabajaba encajes en la calle de San Claudio. El juez tomó informes secretos, y supo que aquella deposicion era exacta, pues la viuda confirmó la entrega que le habia hecho Blaireau de cincuenta mil francos. El cajero fué interrogado, dijo que esta entrega era cierta, pero se negó á dar otras explicaciones. Mr. Delcourt estaba desesperado, y empleó inútilmente súplicas y amenazas para vencer su obstinado silencio. Se mantuvo inflexible, pues habia dado una palabra á su bienhechor y no queria romperlo.

Llegó por fin el dia terrible: Blaireau, triste, pero tranquilo, se hallaba en el banco de los acusados: German, pálido y temblando, en el de los acusadores. Dieron principio los debates, y el mozo se presentó á repetir su declaracion en presencia del culpable.

—Jurad, le intimó el juez, decir toda la verdad, y únicamente la verdad.

Levantó el brazo y prestó el juramento que se le exigia: en seguida declaró sus anteriores calumnias. Blaireau se levantó entonces, y con la dignidad de la inocencia le dirigió estas palabras:

—¿Qué te he hecho, desventurado, para que así te empeñes en perderme? ¿Olvidas que te recogí cuando yacías en el oprobio y la miseria, y que me debes exclusivamente tu actual situacion? Cuidado, German: mira que Dios castiga los falsos testimonios.

—Pues bien, exclamó el mozo; castígueme Dios si he mentido.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando, como herido de un rayo, cayó sin sentido en el banco. Los circunstantes se aterrorizaron, corrieron á auxiliar á German, y este al fin recobró el conocimiento para hincar las rodillas en el suelo y exclamar:

—Dios mio, tened piedad de mí; perdonadme, porque os he ofendido. Y dirigiéndose luego á los jueces, prosiguió:

—Yo soy el culpable, yo soy el ladrón, y Mr. Blaireau es inocente.

Acto continuo refirió que habia sabido engañar á su bienhechor ocultándole sus vicios y sus relaciones estrechas con muchos hombres malvados de la capital. Hacia tiempo que espiaba el momento de dar un buen golpe, y poseia una llave del gabinete de Blaireau y otra del cajon donde guardaba las sumas antes de meterlas en la caja. Oyó la conversacion del capitán y su amigo, y se aprovechó de ella para sustraer la suma que el cajero habia recibido aquella misma mañana, seguro de que este preferiria ser sentenciado, á faltar al secreto que habia ofrecido al capitán.

Esta declaracion agotó las fuerzas de German, que se desmayó otra vez. Llévaronle al hospital, se le declaró á pocos dias una congestion, y murió pidiendo perdón á Dios por sus crímenes.

Blaireau, tan plenamente justificado, volvió á la casa Delcourt, y este, deseando realizar el pensamiento que habia concebido, le dió la mano de su hija Blanca; el capitán voló á París al saber estos acontecimientos, y cumplimentó á aquel á quien miraba como hermano. Blaireau logró por su parte, y á fuerza de perseverancia y de buenos consejos, reunir en su mesa el dia de la boda á la viuda y á su amigo. Feliz con esta reconciliacion, que habia deseado ardientemente, se dedicó el capitán al cuidado de la viuda y de su hija, abandonó á Cambray, y se fijó en París, donde todos formaron en breve una sola familia.

## PEREGRINACIONES,

ESCAPATORIAS Y AVENTURAS DE UN PERRO CARLIN,

ESCRITAS POR SU AMIGO MOUMOUTE.

### CAPITULO VIII.

Los cazadores.—Media alondra por cabeza.—El agua á la boca.—La cocina.—Caza en el plato.—Los perros artistas.—Mi director.—Una representacion.—Otra injusticia.—Rompo mi escritura.—Huyo con la caja.—Encuentro á mi madre.—La fuerza de la sangre.

La proposicion de los amigos de mi amo, de hacerme cazar en el plato, me habia regocijado mucho, pues todavia no estaba mi estómago satisfecho, á pesar de la hospitalidad del fabricante de gorros. El almuerzo sin embargo empezó á retardarse algo mas de lo que yo esperaba, pues los cazadores se propusieron ojear el inmediato bosque durante un rato. Todos se pusieron en movimiento, unos por la derecha, otros

por la izquierda, y los perros hicieron lo mismo, excepto yo, que rechazado por mi amo, pude dirigirme adonde mejor me conviniese. Hicieron tan poco caso de mí, que mi amor propio llegó á ofenderse, pues creí que deseaban que me perdiese, á fin de tener el gusto de no darme de almorzar. Yo no



Polichinela.

abrigaba los mismos deseos en aquel momento, porque la idea de cazar en el plato era para mí una tentación poderosa; por lo mismo di en seguir la pista á los cazadores, sin inquietarme por los tiros que disparaban, pues estaba acostumbrado á oír otros mas peligrosos, cuando servia á la patria en el 42 de línea.

Aquellos malditos cazadores, con sus idas y venidas, con sus corridas y rodeos pusieron á prueba mi paciencia por espacio de dos horas. Me hallaba muerto de fatiga, pero no quería echarme á descansar por el mundo entero. Lo que mas me incomodaba era que la boca se me hacia agua con solo pensar en el apetecido almuerzo.

Por fin llegó el feliz instante: reuniéronse los cazadores y cada cual ensartó la relacion de lo que le habia ocurrido. ¡Y qué relaciones! Todos habian cazado, pero la caza se habia perdido entre los matorrales. Mejor hubieran hecho en almorzar primero y mentir después.



Aventuras de Carnage.

—¡Qué liebre! decía uno: me ha pasado á seis pasos... ¡Púm! ha recibido el tiro en el pescuezo, ha saltado la valla del bosque y sin duda ha ido á morir entre los zarzales, porque mi perro no ha podido dar con ella.

—¡Y mis cuatro perdices! exclamó otro; porque infalible-

mente han caído cuatro; las he visto, y mi maldito perro... No hay remedio; ese animal ha perdido hoy el olfato.

Yo que habia visto sus maniobras en el bosque, me reía, á fé de Carnage, de aquellas fanfarronadas. La liebre se habia burlado de su perseguidor, y el otro maltrataba á su perro, porque no habia visto las perdices que aseguraba haber muerto. ¡Pobres perros! ¡Hombres injustos!

Enumeradas todas las hazañas de aquellos imbéciles, resultó que, al cabo de tres horas de incesantes fatigas, habian cazado seis alondras y un gorrión. Francamente hablando, la cosa merecia la pena de haber madrugado, haber andado tres leguas y haber consumido cada uno un cuarteron de pólvora. A no tener tanta hambre, me hubiera reído en sus barbas.

—¡Y qué! ¿No almorzamos? preguntó un cazador, que me pareció el mas razonable de todos: confieso que solo he salido de caza con el objeto de almorzar. Ea pues, en marcha.

—En marcha, repitieron los demás, y almorcemos. Diez minutos después estábamos en la sala de una venta. Mi primer cuidado fué dar una vuelta por la cocina, que me pareció en estado satisfactorio. Habia cacerolas en las horni-llas y algunas aves se veian ensartadas en asadores: mi boca era una inundacion continua. Cubriose la mesa, y los cazadores se sentaron: hasta entonces me habian olvidado completamente y yo nada habia hecho para acercarme á ellos; pero me pareció que ya debia hacerme presente, pues me figuraba que no se acordarian del lance del zapato viejo. Pero ¡cómo llamar la atencion de aquellos hambrientos cazadores! Ensayé mil medios, y uno de ellos fué gruñir en mil tonos distintos:

—Tengo hambre.

Mis acentos se perdian entre el ruido de los tenedores. Recurrí en seguida á la indignacion y ladré irritado.

—Silencio, gritó un cazador con la boca llena, y sin dignarse mirarme.

Aquella posicion era insostenible: tenia hambre verdaderamente canina, y á los tormentos que me causaba se unian



Máscara en el baile de Versalles.

los de la envidia que en mí escitaban tan suculentos manjares. Los demás perros conseguian de vez en cuando de la liberalidad de sus amos algunos pedazos de pan; pero yo nada alcanzaba. ¿Qué hacer? Imaginé el medio de meterme debajo de la mesa, y manotear en las piernas de un cazador. Efectivamente, obtuve algo de aquel modo... un fuerte puntapié que me llegó al corazón.

—¡Ah! ¿Con que teneis esas mañas? gruñí en voz baja: pues bien, glotonos, yo sabré procurarme el alimento que inhumanos me negais; supuesto que habeis dicho que yo cazaré bien en el plato, voy á probaros que no habeis mentido.

Corrí á la cocina, sobre una mesa habia un plato, que contenia un magnífico pollo destinado á los hambrientos. Di un salto, me apoderé de él, huí, pero la ventera me vió y corrió tras de mí hasta la sala, gritando:

—¡Perro! ¡Ladron!

Todos los cazadores me divisaron con el pollo entre los dientes, y uno de ellos dijo:

—¿No os afirmaba yo que el perro de Petritpré cazaria mejor en el plato que en el campo?

—Sí, pero el bribon nos lleva el mejor bocado, repuso otro levantándose para disputarme el pollo.

Pero antes de que se me acercase, ya me encontraba yo entre otros enemigos mas temibles, á saber: los demás perros, que me pedian parte. Ni ellos ni yo disfrutamos de la golosina, pues el ventero me la arrancó y fué llevada en triunfo á la cocina, para el servicio del primer viajero que se presentase. Entonces perdí enteramente la esperanza de almorzar con los cazadores, y dirigí mis baterías hacia otra parte.

En un rincon de la sala comian un hombre y una muger: sus manjares eran sencillos, pero los dividian con una perra vieja, que nunca les pedia en vano.

—Esa es buena gente, gruñí: no me tratarán con tanto regalo como pudieran hacerlo estos, pero al menos comeré.

Acerqueme pues á su mesa, mas conociendo que ningun derecho tenia á su generosidad, apelé á llamar su atencion

por mis gracias. Entonces recordé con gratitud la memoria de los soldados que me habian educado. Sostúveme sobre las patas traseras, y empecé á bailar: esta táctica tuvo felicísimos resultados, pues no bien me hubo visto el hombre, cuando dijo á la muger:



Arlequin.

—Mira, mira, querida, qué bien trabaja ese perro: parece mucho mas fuerte que Bertingot.

—¡Pobre Bertingot! exclamó la muger.

—Sí, tienes razon; nos ha hecho ganar buenos cuartos, pero al fin ha muerto.

—¡Y qué! ¿Crees que no debo afligirme, cuando tenemos que interrumpir nuestras representaciones hasta que enseñes á otro perro?

—Pues por eso mismo te digo que mires á ese: mira... mira cómo trabaja.

Yo proseguia mis ejercicios, pues me lisonjaban los elogios que aquel hombre me prodigaba, porque revelaba que era inteligente en la materia. La muger se volvió hácia mí y lanzó un grito de admiracion al verme ejecutar una pirueta sobre una sola pata.

—Nos viene de molde, Bambochini, y es preciso que sea nuestro: dale de comer y se nos aficionará.



Aventuras de Carnage.

—Déjame obrar y verás como arreglo nuestro negocio con su amo: dale tú de comer entre tanto.

La muger me atarugó con pedazos de pan mojados en salsa, mientras el señor Bambochini se acercaba á los cazadores.

—Caballeros, les dijo ¿de quién es ese perro?  
 —Del señor, contestó uno de los cazadores señalando á Petitpré.  
 —Doy por él diez francos.  
 Todos se figuraron que Bambochini se burlaba, pero él



La pesca de las perlas en la costa de Ceylan.

puso gravemente en la mesa dos piezas de cinco francos.  
 —Queda adjudicado, exclamó riéndose mi amo.  
 —¡Bravo! exclamó Bambochini; ya es mio, pero ¿cómo se llama?  
 —Como gustéis.  
 Los cazadores gastaron los diez francos en ponche.  
 El señor Bambochini era un italiano, cuyo oficio era hacer bailar perros al son de instrumentos: la perra que yo había visto era su *prima ballerina*. A mí me destinaba el papel de primer bailarín cómico, que era el principal de su cuadrilla, á lo cual no podía negarme, pues acababa de firmar

mi escritura, comiendo el pan de mi director. Le seguí pues contento, y además deseaba hacer en público alarde de mi talento. Así se lo manifesté á la perra, que fué la que me enteró de todo: era una buena compañera, y siempre que bailábamos juntos nos aplaudían.  
 —Lo que siento, decía el director, es ignorar el nombre de mi primer bailarín.

No bien hubo dicho esto, cuando reparó que en la parte interior de la oreja tenía yo grabadas varias letras: las deletreé, y sacó al punto el nombre de Carnage. Los soldados del 42 habían sido los autores de la obra que identificaba mi persona.

Al día siguiente se verificó el primer ensayo, y el director opinó que yo podía debutar sin perder momento. Se trató al punto de buscarme traje, y después de haberme probado muchos, me endosaron uno á la antigua francesa, que me sentaba á las mil maravillas. Sin duda estaba hermoso y me proponía hacer muchas conquistas, de modo que anhelaba debutar. Dos horas después se verificó esto en la puerta del palacio de Luxemburgo, por el lado del Observatorio. Aparecí tan gracioso, agradé tanto á la multitud, que mi amo obtuvo una ganancia colosal. Debo convenir que no se mostró ingrato conmigo, pues no solo me aumentó la ración, sino que añadió á ella un pedazo de azúcar.

Fuí dichoso durante tres meses, y puedo decir que gané honradamente mi sustento: nada por lo mismo hubiera turbado mis satisfacciones, si mi amo al fin no hubiera sido injusto conmigo.

Dábamos una representación en los Campos Elíseos: yo había ejecutado, á satisfacción del público, un bolero con Rigolette, cuando el director, por sacar mayor ganancia, quiso que diésemos principio á un baile de aldea. Negueme á ello terminantemente, pues necesitaba descansar y dar después una vuelta por las cercanías. El director no se paró en barras, sino que me alargó un latigazo, diciendo:

—Carnage, á bailar en honor de esas damas y de esos caballeros.

Y como no obedecía, repitió sobre mis lomos la dosis de latigazos que juzgó conveniente. Tuve que ceder, pero juré vengarme. Atáronme un tambor á la cintura para que tocase sin dejar de bailar, y empezó la gresca; pero cuando mi amo estaba recogiendo el producto de mi habilidad, rompí de pronto mi escritura con él, huyendo con la caja. Rigolette, que me quería mucho, me siguió, y ambos desertamos con armas y bagajes. Nuestro director quedaba arruinado por nuestra fuga, pues perdía los personajes principales de la cuadrilla, pero llevó su merecido por haber sido injusto. Nosotros corrimos hasta ponernos fuera de su alcance, y al detenernos vimos que llevábamos los trajes de teatro.

Era preciso abandonarlos, y este fué un servicio que nos prestamos mutuamente, arrancándonos á bocados los oropelos. Entonces di también las gracias á Rigolette por haber seguido mi causa y la ofrecí mis servicios. Conoció sin embargo que su fuga no había sido desinteresada, pues me habló de una compañía de perros sabios que marchaba á Rusia: le habían hecho proposiciones, y habiéndole parecido ventajosas, dejó plantado á Bambochini. Su proceder fué poco delicado, y por lo tanto la abandoné después de haberle estrecha-

do la pata. Yo al menos tenía la disculpa de haber vengado una injuria, y además renunciaba al teatro para siempre.  
 ¿Y qué iba á ser de mí? Me abandoné á la ventura, y la casualidad me condujo al mercado en que nació. Cierta cosa me decía que aquel sitio no debía serme indiferente: el cora-



La pesca de las perlas en la costa de Ceylan.

zón latía en mi pecho... por fin divisé á una perra vieja echada junto á la puerta de una tienda y al lado de un plato roto lleno de comida. Yo tenía hambre y me acerqué al plato: la perra gruñó, pero volví á la carga. Ella se irritó entonces de veras y me siguió hasta la esquina de la calle, donde me sacudió en regla.

—¿Qué te he hecho? le dije: ni siquiera he probado tu comida.

—Sí, pero te aborrezco, porque te pareces á un perro que me hizo traición, á un monstruo.

—Yo no tengo la culpa.



Figurines para bailes de trages.

—¿Y quién eres?  
—Lo ignoro.  
—¿Qué has hecho?  
—Muchas cosas: he servido en un regimiento.  
—¿En cual?  
—En el 42.  
—¿Cómo se llamaba tu amo?  
—Juan.  
—¡Cielos!... ¡Mi hijo!

Era mi madre... Me agarró, me mordió á su sabor, y después de referirme el abandono en que la había dejado, me dijo:

—¿Con que vienes á comerme la ración? Anda, pícaro, desnaturalizado; desfila al punto, y que yo no vuelva á verte.

¡Pobre madre! La fuerza de la sangre la había obligado sin duda á recibirme con tanto cariño.

(Continuará.)

## LA LOCOMOTORA.

No hay que asustarse, lectores míos, por el epígrafe que va al frente de estos renglones; no es mi ánimo entrar en la cuestión palpitante del día, ni mucho menos hilvanar un artículo científico-mecánico de ferro-carriles, que sobre ser altamente superior á mis fuerzas, quedaría de seguro arrinconado en las columnas de este periódico, sin que nadie se tomara la molestia de echar una compasiva ojeada sobre su contenido. Esas son cosas demasiado pesadas para nuestros pobres estómagos, que solo pueden digerir manjares mas ligeros y de menos sustancia, viandas muy doradas por encima pero sin miga en el fondo.

—Adios, chico, ¿adónde bueno? Interpelome ayer noche mi amigo Luis al doblar la esquina del Buen Suceso.

—Al Suizo, le respondí secamente tratando de continuar mi camino.

—¿Quieres pasar una noche deliciosa, como de seguro no la habrás pasado en toda tu vida? me preguntó asiéndome del embozo de mi capa.

—Hombre, hombre, eso será segun y conforme, le contesté no sabiendo cómo interpretar tan inesperada pregunta.

—Vente conmigo á *La Locomotora*, llegamos á principio de funcion.

—¿Sociedad lírico-dramática? no estoy de humor de asistir al degüello de *La Carcajada* ó del *Zapatero y el Rey*.

—Ni nadie ha pensado en proporcionarte tan sangrienta diversion.

—Pues entonces, ¿qué especie de alimaña es esa señora que acabas de nombrarme?

—Es una sociedad coreográfica por el estilo de *La Juanita*, *La Rosita* y demás templos de Terpsicore, que hoy celebra su cuarto baile de máscaras; sociedad que se ve favorecida por lo mas culto y elegante de la corte, y de la que, para lo que gustes mandar, soy fundador y director en jefe.

—Te doy la mas cordial enhorabuena y te deseo prosperidades en tu nuevo empleo por los siglos de los siglos, pero me es imposible aceptar tu convite, pues ni estoy vestido de sociedad, ni me siento con ánimo bastante para echar los bofes al compás de una redowa ó de una varsoviana.

—Vaya, vaya, no me vengas con evasivas, quiero que admires el buen orden y exquisita delicadeza que reinan en dicha sociedad, consecuencia forzosa del sabio reglamento que la rige, fruto de mis vigilias y de la ilustrada cooperacion de la junta de gobierno; y el director de *La Locomotora*, que sin duda en aquel momento me tomaba por algun wagon, cogiéndome del brazo y arrastrándome en pos de sí, me hizo mal de mi grado adelantar terreno.

—Te advierto que estoy malo, le observé casi enfadado, horrorosamente *grippé*.

—La polka te curará; es un sudorífico admirable.

—Es una *grippe* de mala índole, *grippe* financiera, *grippe* de bolsillo, insistí con mas fuerza.

—No te aflijas por eso, el ambigü está fabulosamente barato y á cargo de uno de los mas acreditados artistas en el ramo culinario.

Vanas fueron mis protestas, vanos mis esfuerzos por desasirme del brazo de mi amigo. Llevado casi á remolque, y sin haber podido zafarme de tan apremiante compromiso, pisé al poco rato los umbrales, ó por mejor decir, el entarimado de madera del salon del baile, cuajado ya á mi entrada de beatas *in nomine*, indios *in specie*, problemáticos capuchones, macarenos en parodia, la flor y nata de los *liones* de la calle de Postas y de Toledo, y un inmenso número de hermanas de la cofradía de la aguja.

Por supuesto que antes de presentarme delante de gentes dejé en la guarda-ropa mi capa de embozos encarnados, prendida que á estas fechas lucirá en los toros ó Dios sabe dónde algun prójimo afortunado de los concurrentes aquella noche al cuarto baile de máscaras de *La Locomotora*.

Lo primero que llamó mi atencion fué el gran cuadro colocado en el testero de la sala, que segun vi después, era la obra maestra de mi amigo Luis, *La carta-magna* que regia los destinos de aquella pedestre multitud.

Chico, me dijo el director coreográfico, dispénsame si te abandono por algunos momentos; voy á mandar al director de la orquesta que dé la señal de romper el baile.

—¿Has pescado alguna crucecita? le pregunté al ver que llevaba una cinta de color de fuego prendida en el ojal de la casaca.

—Es el distintivo de mi suprema autoridad, y que aunque de color mas bajo, llevan igualmente todos los individuos de la junta de gobierno. Vaya, adios, hasta luego.

Y mas orgulloso que un pavo, y dándose tono, desapareció de mi vista entre aquel hervidero de personas.

Yo, deseoso de ponerme al corriente de las instituciones de imperio tan bailarin, dirigí mi rumbo hácia el sitio donde se hallaba colocado el cuadro de que antes hice mencion, logrando llegar sano y salvo al término de mi viaje, no sin haber antes tropezado con dos ó tres individuos de la junta de gobierno, en uno de los cuales reconocí nada menos que al primojénito de mi mastre, elegantemente equipado á espensas de los parroquianos.

Subime sobre una de las banquetas que arrimadas á la pared se estendian por toda la sala, y comencé á leer el siguiente estupendo reglamento.

### ESTATUTOS

POR LOS QUE HA DE REGIRSE LA SOCIEDAD DE BAILE

#### NOMINADA LA LOCOMOTORA.

ARTÍCULO 1.º Para la mejor direccion de la susodicha Sociedad, se nombrará un presidente-director, dos vice-presidentes, ocho bastoneros, cuatro celadores, un secretario, siete escribientes y una junta de gobierno.

ARTÍCULO 2.º Tanto el director como los individuos de la junta, tendrán oficialmente el tratamiento de Usía.

ARTÍCULO 3.º No se permitirá la entrada en los salones de la sociedad, sino á las personas de educacion y porte distinguido, ó sea á los que entren de frac, gaban ó levita.

ARTÍCULO 4.º La direccion cuidará de que haya un tocador abundantemente provisto de todos los artículos de *toilette*, en el que hallen las bellas cuanto su pulcritud, delicado gusto y *fashionable* coquetería les puede hacer desear.

ARTÍCULO 5.º Las señoritas que falten á los deberes sociales, serán espulsadas ignominiosamente del salon, sin atender á rangos ni á categorías.

Aquí llegaba de mi lectura, cuando sentí que una mano atrevida me tiraba de los faldones del frac: volví la cabeza, planteme de un brinco en el suelo, y me hallé frente á frente con una máscara de regular estatura y de aire al parecer distinguido, que envuelta en su negro capuchon, solo dejaba vislumbrar por entre su careta de raso, dos ojuelos malignos y vivarachos.

—Adios, hombre, me dijo la desconocida con el agudo falsete característico de la gente enmascarada, ¿cómo te va desde la vista? te encuentro muy taciturno esta noche.

Yo, que profano á la doble vista anti-magnética, no he podido nunca conocer ni aun al pariente mas próximo, en el momento en que se ha plantado una cara postiza sobre la que Dios le dió, creí esta vez igualar al lince en perspicacia, y exclamé lleno de gozo y mas satisfecho con mi descubrimiento que Colon con el de las Américas.

Ya te conozco, eres Matilde; ¿y tus papás están buenos? proseguí diciéndola y estrechando su mano entre las mias.

Es de advertir que yo conozco, mejorando lo presente, á una linda muchacha de este nombre, con cuya familia, de lo mas elegante de la corte, me ligan antiguas relaciones de amistad.

Respondiome después de algunos minutos de marcada vacilacion, que sus papás habían venido con ella al baile, y que habiéndose extraviado entre aquel inmenso gentío, los andaba buscando largo rato hacia.

Ofrecila mi brazo, que aceptó después de unas cuantas monadas, y marchamos á la descubierta, ella embromándose de lo lindo y refiriéndome mil interioridades de mi vida doméstica, y yo cada vez mas ciego creyendo llevar del brazo á mi querida Matilde, la única muchacha que podia hacerme mas llevadera toda una noche de *Locomotora*.

Grande era la animacion que en aquel momento reinaba en la sala. Músicos y danzantes, escediéndose á sí mismos y animados de un ardor y de un coraje dignos de los hijos de los hunnos y ostrogodos, desempeñaban sus respectivos papeles á las mil maravillas, los unos poblando los aires de esas armonías tan estrepitosas como incomprendibles que han inmortalizado al Tio Vivo y á sus parientes los maestros de la murga, y los otros, locomotoras vivientes, trotando á mas y mejor por aquel campo de sus glorias, íntimamente enlazados con tan vistoso cuanto sabrosísimo nudo.

Armado de valor y de constancia, recibiendo aquí un pisotón, mas allá un puñetazo en las narices, regalo de un brazo que sobradamente estirado y á manera de aspa de molino, iba describiendo al compás de la música rápidos círculos en el aire, y después de haber saludado á mi amigo Luis, que estaba espulsando ignominiosamente de la sala á tres señoritas que por las trazas se hallaban dispuestas, si es que ya no lo habían hecho, á *faltar en un dos por tres á los deberes sociales*, conseguí penetrar con mi pareja en el departamento del piso bajo, destinado para ambigü.

Dos ó tres veces lo recorrimos de un extremo al otro sin que por eso adelantáramos nada en nuestras pesquisas. Cansado de andar la ceca y la meca, y deseando dar con mis huesos sobre alguna silla, roguela tomara asiento en una de las mesas que á nuestra inmediacion se encontraban, cosa á que accedió gustosísima, y que á no haberme privado el amor en aquella ocasion del poco seso que tengo, hubiera debido acabar de abrirme los ojos.

—Mozo, la lista, grité con voz de trueno, metiendo disimuladamente el dedo índice y pulgar en el bolsillo izquierdo del chaleco ansioso de averiguar las doblillas que en él se albergaban. Tres infelices napoleones eran los únicos pertrechos con que contaba para sostener el vivísimo fuego de la plaza.

Con estos datos pueden figurarse mis lectores cuál seria mi zozobra, mi estado febricitante y los infinitos vuelcos que me daría el corazon al ver que mi supuesta Matilde, convertida en generala en jefe de las operaciones, iba consumiendo raciones sobre raciones de chuletas, aves y pescados en cantidad suficiente para acallar el hambre de toda una compañía de granaderos de la corona. Cada nuevo plato que veía aparecer sobre la mesa era un nuevo flechazo que venia á clavar en mi tetilla izquierda, un volapié de muerte para mi pobre bolsillo.

Sumido en graves meditaciones y tratando de resolver el difícil problema de pagar, sin tener con qué, no despegaba mis labios ni aun para hacerla la mas pequeña observacion.

Mi gastrónoma pareja proseguia con el antifaz puesto y sin dejarme que oyera el verdadero timbre de su voz. Ya me disponia á salir de incertidumbres arrancándola la careta si se obstinaba en continuar guardando el incógnito, cuando el mozo que se presentó á cobrar el importe de aquella cena sibarítica vino á dar un nuevo giro á la cuestion.

—Cuánto debo, muchacho, le pregunté con la serenidad y sangre fria que son de suponer en un hombre que se halla en visperas de tener que empeñar la casaca ó las botas de charol.

—Ocho duros, me contestó con impasible calma el interpelado.

—¿Cómo han de ser ocho duros, estás en tu juicio? le dije medio balbuciente y mas blanco que la pared.

—La racion de fricandó cuesta ocho reales, la de *volauvent* doce, el *rosbif* siete, y el *chantilly* veinte, y el...

—Y el demonio que te lleve á tí, al fondista, y á los tontos que venimos á dejarnos robar tan descaradamente, exclamé en voz alta dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Mi desconocida dió un grito, y la careta, cuyo nudo sin duda se había alojado, se le escurrió bonitamente de su sitio quedándose arrollada al cuello á manera de corbata.

¡¡¡Qué horror!!! no era Matilde... era una cara basta, regordeta y colorada... era ¡oh torpeza sin igual! la hija de la horchatera que vive enfrente de mi casa, y que, gracias á la locuacidad de los criados, estaba al corriente de toda mi vida y milagros.

Mi exclamacion tuvo eco entre la multitud de gastrónomos allí reunidos, muchos de los cuales, víctimas como yo de alguna sierpe femenina, vieron el cielo abierto no bien notaron síntomas de revolucion y de desórden.

—Es una infamia, gritó una de las víctimas; ni en el monte Torozos se roba con tanto descaro.

—Ni se envenena tan homeopáticamente, prosiguió otro compañero de infortunios.

—A mí me han dado costillas de jamelgo de la plaza de toros, decía el uno.

—Y á mí sublimado corrosivo en vez de Valdepeñas, proseguía el otro.

La sublevacion tomó un aspecto imponente. Las mugeres chillaban dejándose caer desmayadas, en blando por supuesto, y los alborotadores haciendo aplicacion del refran de á rio revuelto ganancia de pescadores, trataban los unos de echarlo todo á barato prorumpiendo en descompasados gritos y echando á rodar mesas, botellas y sillas, y los otros de escurrir el bulto rellenando sus bolsillos con las reliquias del festin.

Aprovechándome de aquel barullo y saltando por encima de cuanto se oponia á mi fuga, gané la puerta, atravesé como perro con maza el salon del baile adonde á manera de chispa eléctrica y á los gritos de «fuego, fuego» se había comunicado el mismo terror y alboroto de la pieza contigua, tomé equivocadamente en el guardarropa en vez de mi capa un barragan del año 2, y me planté en un abrir y cerrar de ojos en medio del arroyo.

Sin hacer caso ni de la lluvia que caia á torrentes ni del helado cierzo que soplabá, tomé á escape el camino de mi casa.

A la media hora, transido de frio y procurando recuperar entre sábanas y con cinco mantas encima de mi cuerpo el calor perdido, decía para mis adentros profundamente contrito de mis culpas y pecados: «Que me emplumen si vuelvo otra vez á semejantes sociedades.»

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

## La pesca de perlas en la isla de Ceylan.

Como en Europa solo se tienen generalmente falsas nociones sobre el curioso objeto que sirve de epígrafe á este artículo, hemos procurado adquirir los documentos mas convenientes para dar á nuestros lectores una idea verdadera de cuanto se refiere á la pesca de perlas. Entre estos documentos figura la obra del conde de Noé, intitulada: *Memorias relativas á la expedicion inglesa de la India al Egipto*. M. de Noé se hallaba entonces en la escuadra británica, y por eso residió mucho tiempo en Ceylan, en la misma parte de la isla donde se efectua la pesca de perlas.

La ostra-perla, lo mismo que las ostras comunes, se encuentra en bancos de arena, á mayor ó menor profundidad del mar. Dichos bancos estan situados á unas quince millas de la orilla y á doce brazas de agua, en la costa occidental de la isla de Ceylan, y allí es donde, desde hace muchos siglos, se pesca la mayor cantidad de perlas, que después recorren todas las regiones del globo. La pesca fué siempre considerada como propiedad del rey ó de los reyes de Ceylan, pero los ingleses tomaron posesion de dicha isla, su gobierno ha proseguido vendiendo el derecho de pescar perlas, derecho que solo se concede por temporadas (1).

Como el mes de abril es, en aquellas latitudes, la época en que el mar aparece mas sosegado, entonces es tambien cuando empieza la pesca de perlas, que por lo regular se prolonga hasta mediados de mayo. No solo acuden á la costa de Ceylan para presenciarla los *cingaleses*, ó naturales de la isla, sino que de todos los ángulos de la vasta península de la India llega una multitud de mercaderes, cuyos idiomas, trajes y costumbres forman un cuadro, en extremo extraño y singular. Las barracas que estos extranjeros construyen, ó que los indígenas construyen para ellos, producen tambien un efecto curioso y pintoresco. Dichas viviendas se componen de estacas fijas en el suelo, entrelazadas de flexibles bambúes, que sostienen una techumbre de hojas de cocoteros. Esto no obstante, dice M. Noé, tan frágiles edificios suelen contener á veces mas de ciento cincuenta mil personas.

Un cañonazo da al amanecer la señal de la pesca. Entonces una escuadra numerosa de barcas, que durante la noche se han separado de la orilla y que la brisa ha ido empujando hácia los bancos antes de la aurora, echa el ancla en los diversos puntos que corresponden á los especuladores, y empieza el trabajo. El gobierno tiene tambien allí buques, á fin de impedir que las barcas salgan á pescar fuera de los límites que se les han asignado. Las barcas que se dedican á la pesca estan generalmente tripuladas por un capitán y veinte hombres, de los cuales diez, cuando menos, son buzos muy hábiles. Estos últimos se dividen de cinco en cinco, y se relevan unos á otros en el fondo del mar.

A fin de bajar con mayor rapidez hasta la base del banco, donde las ostras-perlas permanecen agrupadas, los buzos co-

(1) Un especulador se hace adjudicatario de la pesca, pero tiene la facultad de fraccionar su privilegio y de revender partes de él á otros tratantes.

Jocan sus piés sobre una piedra sostenida por una cuerda ó cabo: llevan consigo otro cabo, en cuya punta está amarrado un cesto, al paso que sostienen la otra dos hombres de la barca.

Además del cesto, cada buzo va provisto de un fuerte cuchillo que sirve para arrancar las ostras-perlas, y en caso de necesidad para defenderse contra las acometidas de los tiburones. En cuanto llegan al fondo, reúnen sin perder momentos las ostras, y después que llenan el cesto, abandonan la cuerda que sujeta la piedra, se agarran á la que sostienen los de la barca, y suben precipitadamente á la superficie del agua.

Los cuentos maravillosos que se refieren acerca del tiempo que los buzos pueden permanecer en el fondo, carecen de sentido comun. Enrique Marshal, cuya inteligencia y autoridad no son dudosas, afirma positivamente que, durante su larga residencia en Ceylan, nunca vió sumersion que se prolongase mas de cincuenta segundos. Ese es asimismo el tiempo que pasan ordinariamente bajo el agua los buzos en la bahía de Nápoles, para pescar la *Fruita de mare*, y los griegos del Archipiélago, que pescan esponjas: bien sabido es, con todo, que estas dos clases proporcionan los mas acreditados buzos de Europa, los hombres cuyas fuerzas físicas y cuya sobriedad y experiencia han hecho adelantar á su profesion todo lo que parece humanamente posible.

Ribeiro, oficial portugués, que habitó en la isla durante diez y nueve años, dice que un buzo de Ceylan puede permanecer bajo el agua tanto tiempo como el que se necesita para rezar dos credos, lo cual no se efectúa fácilmente en cincuenta segundos.

Aunque los tiburones son numerosos en los mares que rodean la isla de Ceylan, ocurren pocas veces accidentes desagradables, lo cual puede atribuirse al ruido producido por la reunion de tantas barcas en un mismo punto, y á las inmersiones tan frecuentes y tan rápidas de los pescadores. Semejante ruido debe, en efecto, asustar y dispersar á aquellos voraces animales. Pero el ánimo supersticioso de los *cingaleses* les hace creer que solo deben su seguridad á ciertos amuletos que les venden las viejas, y segun ellas, tienen el poder de hechizar á los tiburones y les impiden que acometan á los buzos.

Acontece algunas veces, que ni el ruido natural de las barcas, ni la protección sobrenatural de las viejas, son bastantes para evitar que los tiburones se arrojen sobre los buzos, quienes solo evitan una muerte horrible por medio de su destreza y de sus armas.

Los buzos se sumergen y descansan alternativamente hasta las diez de la mañana. A dicha hora empieza á soplar la brisa, y un cañonazo disparado por un buque del gobierno es la señal de retirada: al oírlo, toda la escuadrilla se dirige á la playa. En cuanto las barcas llegan á tocar tierra, un enjambre de hombres, mugeres y niños corre hácia ellas para transportar los productos de la pesca del día. Cada especulador posee su grupo de barracas, en cuyo centro se ve un *coutto* ó espacio de terreno, cercado de piés de bambúes, entre los cuales puede circular el aire. En estos *couttos* se van depositando las ostras-perlas, para que se putrifiquen á la acción de un sol abrasador. Es de notar que á pesar de que son muchos los *couttos*, y que cada uno de ellos contiene una cantidad enorme de ostras, putrificándose juntas en un pequeño espacio y exhalando los mas detestables olores, la salud de las poblaciones que allí se amontonan nunca padece alteracion notable.

En la época de la pesca de las perlas, además de los muchos especuladores que afluyen á aquella isla, se ven llegar grandes partidas de trabajadores indios, muy duchos en agujerear y preparar las perlas, y que acuden á ejercer su oficio á precios muy moderados. Estos hombres viven al aire libre, enfrente de la barraca del pescador ó mercader que los ocupa. Nada es mas sencillo que el aparato de que se sirven, pues se compone de un pedazo de madera en figura de cono truncado, sostenido sobre tres piés, y en cuya superficie superior hay unos orificios circulares de diversos diámetros, proporcionados al diferente grueso de las perlas. Su único instrumento es una aguja corta, que fijan en un palo retorcido en uno de sus extremos, y ponen en accion por medio de un arco semejante al que usan los relojeros: colocan la mano derecha entre la perla y el arco, y menean este con la mano izquierda. Sentados en el suelo sujetan el pedazo de madera entre las piernas, y apoyando el instrumento perpendicularmente sobre la perla, la perforan con una rapidez y exactitud asombrosas.

Mientras dura la pesca de las perlas, pocos países ofrecen un aspecto mas variado ni pintoresco que la parte occidental de la isla de Ceylan. Las ostras-perlas y las perlas ya preparadas, se transportan y venden allí mismo, y además de los negocios que resultan de este ramo de comercio, la afluencia de tantas naciones distintas proporciona gran número de especuladores en otros géneros. La línea de barracas es entonces un gran bazar, lleno de vida y movimiento. Pero no bien termina la pesca, se retiran de allí los indígenas y los extranjeros, se echan abajo las barracas, desaparece toda vivienda en muchas leguas, y hasta el siguiente año únicamente el silencio y la soledad reinan en aquellos sitios, poco antes tan bulliciosos y alegres.

## EL CARNAVAL.

Sin duda creerán los que lean el título que da nombre á este artículo que voy á referirles el origen y la historia del carnaval; que llena mi cabeza de noticias sangrientas y de voluptuosas reminiscencias, voy á presentar ante su vista el terrible cuadro de las conjuraciones fraguadas en la altiva Venecia y en Roma la soberbia para deshacerse de la tiranía de sus dominadores; que voy á manifestarles las caprichosas ideas, á enumerar las cuantiosas sumas invertidas en las capitales del mundo civilizado, y á poner en evidencia la dignidad que han arrojado por tierra algunas régias cabezas solo por agrandar, por lisonjear únicamente el orgullo de desdichadas favoritas; nada de eso: negro lo uno y asqueroso en demasía lo otro, no debo fastidiar á mis lectores con la presencia de tan repugnante pintura.

Decir algo de lo que se ha dado en llamar *bromas ligeras*

y *bromas pesadas*, hé aqui mi objeto; y sin embargo tampoco esto es el asunto principal de mi artículo.

Existe, y aun muchas veces desempeña el primer papel en las reuniones de disfraces, un juego, una cosa sin nombre, que no se ha calificado todavía, y que es mas terrible por sus consecuencias que la última de las bromas mencionadas.

El lector me dispensará que antes de ocuparme de este juego diga cuatro palabras acerca de las *bromas calificadas*.

*Broma ligera* es, segun la opinion general, la que no puede traer en pos de sí resultados desagradables; la que da un amigo á otro amigo echándole en cara una rareza que se nota en su carácter, un descuido en su tocado, un poco de presuncion, una desgracia física, alguno de sus vicios, inconsecuencia en sus amores; motivos todos pequeños, triviales, que se oyen con indiferencia, ó que cuando mas, consiguen solo excitar la curiosidad de aquel á quien van dirigidos por conocer al que los dirige.

*Bromas pesadas* son, las que hijas de un corazon perverso, encierran ideas venenosas que levantan una muralla entre la amistad, que niegan la fé conyugal, que resucitan amortiguadas querellas, que provocan olvidadas contiendas; las que, bajo el sagrado de la carreta, con el puñal en la mano y el tósigo en los labios, separan y dividen los amigos, los hermanos, los amantes, los esposos, y llevan al seño del hogar doméstico la intranquilidad, la duda y el desasosiego.

*Bromas pesadas* son, las palabras que vierte en el oído del hombre de bien, el ingrato que no habiendo conseguido del compañero á quien aquel profesa su amistad todo lo que su ambicion deseaba, trata de desunirlos valiéndose de falsas acusaciones, de defectos imaginarios; el que por resentimientos de familia miente en el oído del uno, lo mismo que acaba de decir al otro hermano, estableciendo entre los dos la prevencion y el odio; el que despreciado en sus galanteos por amorosa jóven que consagra su cariño á mas afortunado amante, murmura óbaramente alrededor de este palabras mezcladas con la ponzoña de su amor despreciado, de su vanidad herida; el que no habiendo alcanzado un favor pedido á la casta esposa, á la tierna madre con cuya acrisolada virtud vive, goza y se enorgullece el feliz esposo, el virtuoso padre, desliza en el oído de este palabras vagas, delaciones hábilmente formuladas, que aunque débiles en la forma, son sin embargo bastante fuertes para desgarrar el corazon de aquel á quien van dirigidas, y el que no viendo antes sino el amor, la virtud, el immaculado honor de su esposa, solo ve desde este momento la idea de su deshonra, arrastrada su reputacion por el fango, y su nombre convertido en blanco de la burla y del ridículo.

Pero si bien es cierto que estas *bromas* son terribles y que sus inmediatas consecuencias pueden ser funestas, tambien lo es que al cabo de corto tiempo, impelida por la omnipotente mano de la verdad, desaparece la duda, y aquella, rodeada de esplendente aureola, viene á ocupar su puesto entre la amistad, el amor y la fraternidad, de donde no se separó sino para afirmar mas estas santas afecciones, y para reunir todo el caudal de compasion y desprecio de aquellos que padecieron durante su ausencia, para arrojarlo sobre la cabeza del culpable que quiso enemistarlos y dividirlos.

Tenemos pues que las *bromas ligeras*, porque su mismo adjetivo denota su carácter, y las *pesadas*, porque tarde ó temprano se vuelven contra el mismo que las usó, no son de tan funesta trascendencia como esa tercera *broma* que careciendo de nombre por los demás, la llamo yo desgarradora, porque rompe, seca y pulveriza las doradas ilusiones y los bellos sentimientos de la cándida juventud.

¿Os habeis encontrado alguna vez en esas brillantes reuniones donde asisten las altivas bellezas que mecidas en blasonada cuna, no han visto sus ojos otra cosa que las molduras y el artesonado de sus suntuosos palacios, que embriagadas desde su infancia con el humo de la lisonja y de la vil adulacion, se han hermanado poco á poco con la mentira y el dolo, que falto su corazon de ese jugo purificador que llaman sensibilidad, se encuentran seco y estéril, cerrado á toda sensacion dulce, á toda pura afeccion?

¿Las habeis visto salir de su gabinete, forrado el rostro de seda y de sarcasmo el corazon?

¿Habeis observado que al entrar en el lugar de la reunion han recorrido sus ojos el espacio, buscando una víctima en quien clavar el agudo dardo que han elaborado su altivez y su arrogancia?

Pues bien, dócil como el corderillo á las manos del verdugo, la víctima se ha presentado ante la hermosa disfrazada: hé ahí la paloma ante el milano, el cocodrilo á vista del incauto viajero.

¡Desgraciado, que con tus propias manos conduces al altar del sacrificio el precioso tesoro de tus ilusiones, el rico caudal de tus dorados ensueños!

Sentimiento, candor, creencia, todo lo vas á depositar en la fria tumba que á tus piés abre sagaz manejo de orgullosa dama.

Escudada con la reserva fria de su marchito corazon, ella penetrará hasta el fondo del tuyo, y una vez allí, con el escalpelo en la mano, irá cortando una por una todas las hojas que adornaban el florido verjel de tu fantástica imaginacion.

Escuchará tus palabras fingiendo que gusta oírlos, y á las elocuentes expresiones de tu amor verdadero, opondrá las calculadas de su amor mentido, de un amor que no siente ni ha sentido jamás, porque tan grande, tan pura como es la palabra *amor*, solo ha llegado confusa á sus oídos, y desconoce completamente el inmenso raudal de tiernas delicias, de supremos goces que proporciona esta hermosa virtud, como venida del cielo, como emanada de Dios.

Y en cambio de tu confesion franca, apasionada, ardiente, pedirás sin duda recompensa á tu cariño; querrás que á tu amor corresponda su amor; que á tus sacrificios una sus sacrificios; que con sus delicadas manos plante la flor de la esperanza en el vasto campo de tus bellas ilusiones.

¡Infeliz! La flor de la esperanza que tanto anhelas tocar, esa gran virtud que tan fuertes nos hace en el momento de la agonía, te la dejará entrever, sí, pero velada por misteriosas sombras, pero teniéndote á distancia respetable para excitar mejor en tí el deseo de acercarte; y que semejante á la inocente mariposa que encuentra su muerte en la llama que busca con tanto afán, encuentres tu desesperacion donde esperabas hallar la felicidad.

Obsérvala, si es que puedes hacerlo en ese estado de exaltacion en que te encuentras, y notarás la contraccion de su rostro; verás á través del raso que los cubre, cómo retoza sobre sus labios la sonrisa del desprecio; obsérvala, y verás cómo en este *juego* solo toma parte la cabeza, permaneciendo su corazon como el mármol, de cuya dura materia parece fué formado.

Y luego, mas adelante, cuando ya no seas dueño de tus acciones ni de tus pensamientos; cuando solo veas por sus ojos, escuches por sus oídos, y te muevas guiado por su voluntad; cuando olvidado á todos y olvidado de tí mismo, hayas abandonado tus obligaciones, tus deberes, tus amigos, por consagrarte única y exclusivamente á su servicio, entonces, cuando ella vea que la llaga abierta en tu corazon es bastante grande y no podrá cicatrizarse nunca, entonces, repito, tu ídolo, porque no es una muger, es solo un ídolo lo que has amado, te revelará su alcurnia, medirá la distancia inmensa que á tu clase separa de su clase, te despedirá con insultante tono, y allá en los apartados rincones de las tapiadas estancias donde la burla tiene asentado su trono, tu victoriosa enemiga cantará su triunfo y tu derrota, y un coro de frias estatuas entonará un himno en alabanza de la que cuenta una mas entre el número de sus víctimas.

Y ahora, pobre jóven, que ves en el mundo perdida tu sencillez y tu inocencia, ¿volverás, ciego como la vez primera, á entregar tu fé á otra muger que quiera arrebatártela? No: aleccionado por el desengaño, de hoy en adelante caminarás siempre con cuidado y con reserva. Apagada la última chispa del fuego amoroso que ardía en tu vírgen corazon, en lo sucesivo serás desconfiado y egoísta. En torno tuyo no verás sino el engaño y la falsía, y las palabras que suenan en tu oído te parecerán escapadas de los labios de una carreta.

Pero, y porque sean crueles la mayor parte, ¿á todas habremos de juzgar iguales? No: el corazon del hombre, que siempre está dispuesto para el bien, pronto á perdonar agravios, no quiere, no puede convencerse de que entre la multitud opulenta no se encuentren almas grandes y generosas, ávidas de amor y de dulces emociones. No: el hombre, á pesar de sufrir un desengaño, y después otro y otro después, sigue quemando incienso en aras del amor, hasta que por fin encuentra no un ídolo, sino un angel que lo acoge cariñoso entre sus brazos, y que con maternal cuidado procura cerrarle las heridas que *desgarraron* su corazon.

PABLO ORTIGA REY.

## EL CARNAVAL EN PARÍS.

Ni en los trajes, ni en la clase de bailes, ni en el aspecto general, tiene apenas punto de contacto una fiesta de máscaras del teatro de la Opera de París con los que se celebran en Madrid durante el carnaval; si aun en uno de los últimos bailes de nuestra capital se presentará una muger vestida con cierto traje ambiguo que pudiera servir para los dos sexos, y que allí es muy comun, si hubiera una actriz que se atreviera á aprovechar el traje, rigurosamente histórico, de Eva, con que aparece en un melodrama, como nosotros hemos tenido ocasion de observarlo, ó el de india, tambien de una propiedad escrupulosa; la que tal hiciera seria espulsada del salon en medio de los anatemas de toda la concurrencia. En la capital del mundo civilizado, como llaman modestamente los franceses á París, solo los extranjeros hallan inconvenientes estos y otros trajes: por fortuna nuestra sociedad rechaza enérgicamente esa libertad de costumbres que nuestros vecinos aceptan: en medio de tantas importaciones como hemos hecho de sus usos, el instinto grave y severo de los españoles se ha opuesto á esos alardes de desenvoltura y de cinismo. En la última página de este número presentamos dos grabados que pueden dar alguna idea, aunque incompleta, de lo que será un baile de máscaras en París, pues si ellos no lo espresan todo, dejan adivinar lo que son aquellas reuniones, una vez admitido cierto género de disfraces y de bailes. No está demás tomar acta de este como de otros usos franceses, para oponerlos á los que ellos nos echan en cara.

## EL CARNAVAL EN ROMA.

Son infinitas las descripciones que se han hecho del aspecto que presenta la capital del mundo cristiano en los tres días de carnaval. No vamos á hacer otra nueva de esta célebre bacanal, que trasforma la ciudad eterna en una inmensa orgía, en que toma parte todo el pueblo, poseído de una especie de vértigo que raya en locura; presentamos solo tres curiosas láminas relativas á aquella famosa fiesta, que pertenecen á la edicion ilustrada de *El Conde de Monte-Cristo* que está haciendo la BIBLIOTECA UNIVERSAL; ellas darán una idea del esmero de los grabados que adornan aquella obra, la mas rica y profusamente ilustrada que se ha impreso hasta ahora en castellano.

## CORRAL DE AVES.

En este hermoso cuadro, presentado en la esposicion francesa por M. Rousseau, la habilidad del artista aparece en perfecta consonancia con la verdad de las escenas de la vida animal. El gato que duerme en el pajar, la gallina que se ha posado sobre la puerta, el gallo que canta, el pato que rebuésca entre la basura, otro que levanta la cabeza para saborear el líquido, todos estos seres, colocados naturalmente en el corral de una hacienda, representan al vivo sus habituales ocupaciones.

El cuadro de M. Rousseau, ha agradado mucho á los inteligentes, por su espresion y por la perfecta ejecucion de sus detalles.

Las conversaciones parecen á los viajes marítimos; nos separamos de la tierra sin advertirlo hasta que estamos en alta mar.

El conocimiento de nosotros mismos es preferible á toda la profundidad de la ciencia humana.

## MASCARAS.

## LA CARETA.

Quien quiera que seas, cuando de vuelta de un baile de carnaval abandonas el disfraz y rompes las cintas de la careta, ¿no examinas por un momento, y antes de arrojárselo sobre la mesa, ese rostro que te ha prestado, durante una noche, la osadía de su fealdad, la ironía de su espantosa mueca, sus sombríos huecos por donde despiden envenenados dardos tus atrevidas y ardientes miradas, y sobre todo ese misterioso incógnito que parece responder, como la odalisca etiope de Salomon, á los espionajes de la intriga, *Nigra sum, sed formosa?*

¿Qué has hecho, podrías preguntarle, como Hamlet á la cabeza de Yorik, de tus arrebatos, de tu vena y de tu locura? Ahí estás viejo, ajado, decrepito... Una hora de baile ha sido para tí, lo que sería un siglo para la figura que has parodiado. ¡Ah! La vida te ha abandonado: tus órbitas despojadas de las llamas de unos ojos brillantes, yacen vacías y se parecen á los cristales de un farol apagado. Tu boca de carton, que antes cantaba, reía y provocaba lances cómicos y trágicos, no es mas que una línea pintada y estúpida. Espectro de tres noches de placer, un solo día te ha transformado en ridículo espantoso: ya no eres mas que una cosa sin nombre y sin sentido, una fecha que se olvida, una parte de los harapos de todo el año, que se guardan sin pena y con hastío.

¿Y por qué no hemos de penetrar tu origen, supuesto que no ha llegado aun el miércoles de Ceniza? ¿Por qué nos hemos de desentender de su historia?

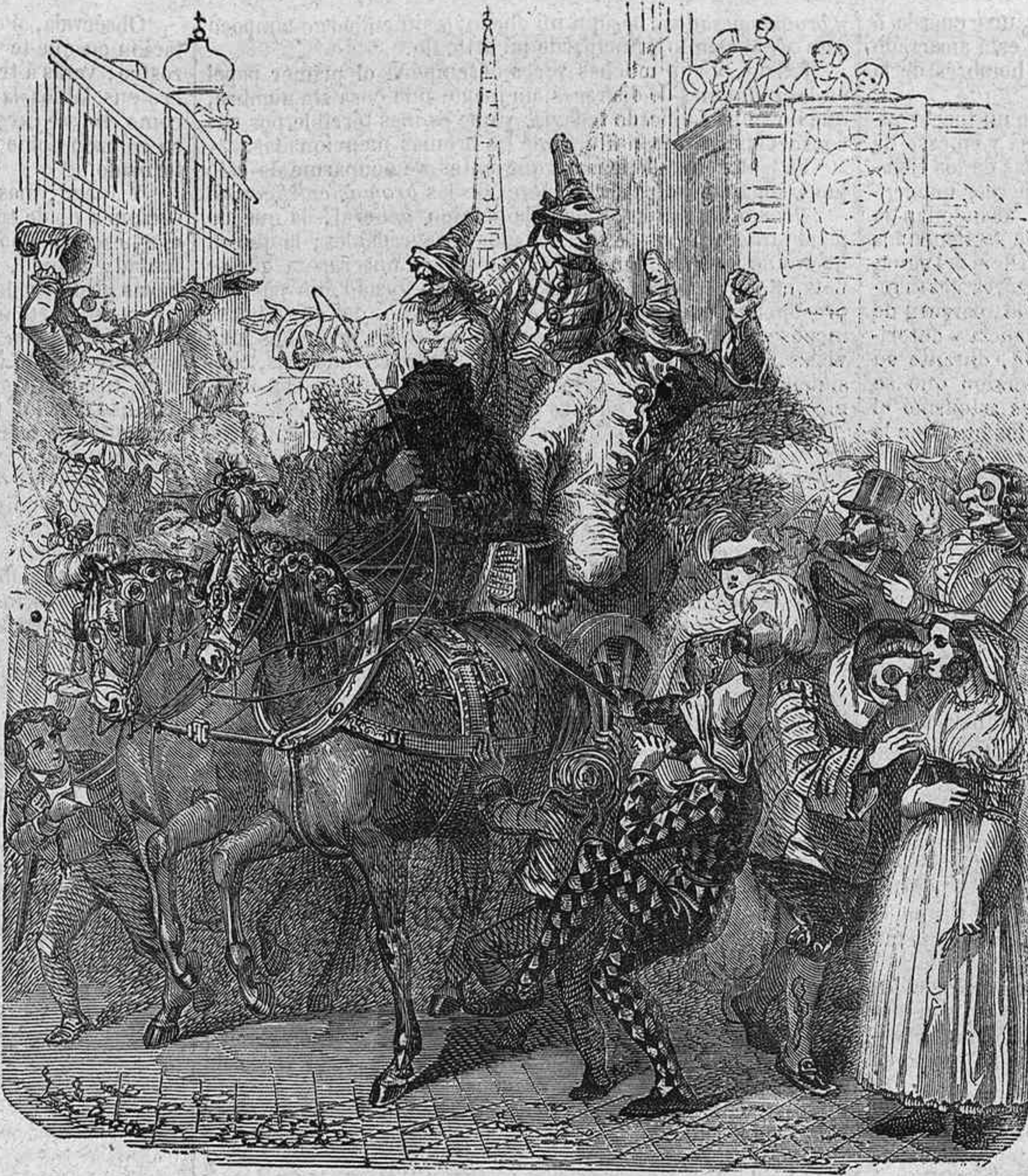
¡Su historia, he dicho! Es casi tan larga y complicada como la del rostro humano. Contentémonos con una breve reseña.

¿Quién fué el inventor de la careta? ¿Quién fué el primero que osó plagiar á Dios y echar á perder su obra? El diablo, me contestan en coro muchos antiguos pergaminos; el diablo, que es el padre de la mentira. La fecha data desde el paraíso terrestre, y el enemigo del hombre sacó tan buen partido de su disfraz de serpiente, que desde entonces anda el mundo re-

vuelto, como hacienda de estudiante, y él hace su agosto, tentado desde los reptiles hasta los seres mas perfectos de la creación, para variar los disfraces de su carnaval tentador y eterno. El fué quien disfrazado de sucubo, tentaba á los monjes en los desiertos, y de incubo, á las vírgenes puras que se consagraban á Dios en el claustro. Oculto bajo las alas de una mosca, no cesó de inspirar á Lutero las satánicas ideas que queria prevaleciesen... ¿Quién es capaz de enumerar las artes de que el diablo se ha valido para salir con la suya en

este mundo? Fué preciso, para distinguir y clasificar sus infinitas transformaciones, inventar una ciencia nueva, que se llamó *demonología*. La edad média le persiguió á todo trance, pero él huyó de sexo en sexo y se burló de las pesquisas de sus encarnizados enemigos. *A quemar al diablo*, este era el grito general; pero cuando creían haberle cogido, se encontraban con su disfraz entre las manos, esto es, con el traje de hombre, de muger ó de bestia, que habia adoptado. ¿Qué era un hechicero sino un disfraz de Satanás? ¿Y no hay

han decidido todavia. Lo cierto es que ella fué el atributo distintivo, y que todos los poetas griegos y romanos dieron caretas á sus actores. Aquellas caretas eran enormes, pues cubrían toda la cabeza, y se colocaban como un morrion. La boca, monstruosamente deformada, se hallaba forrada con planchas de bronce, que le prestaban la sonoridad de una bocina. Feroces, lloronas, desmelenadas en la tragedia, y grotescas y ridículas en la comedia, dichas caretas reasumían las diversas expresiones del semblante, desde la majestad hasta el idiotis-



El carnaval en Roma.



El carnaval en Roma.



El carnaval en Roma.

razones poderosas para creer que este fué el inventor de la careta? Que lo diga el famoso Juan Savaron y nos traiga su célebre tratado de las *Momerias*: en él veremos que al diablo corresponde exclusivamente aquel horror, y que las brujas son trajes humanos de que se reviste, segun afirman sabios escritores, no solo en idioma francés, sino tambien en lombardo, en toscano y en inglés.

Hasta aquí la fábula de la careta; rebusquemos ahora su historia.

Las primeras señales se encuentran en Egipto, en ese gran gabinete de antigüedades del mundo. Los rostros de sus momias se cubrían con una careta de carton, dorada ó de color; careta inmóvil, estúpida, cuyo espantosa mirada, perpetuamente fija, turba la inteligencia, como un jeroglífico. Dicha careta es casi siempre uniforme como la de la esfinge: no es bella, ni fea, ni vieja, ni jóven, ni varon, ni hembra... es... el rostro de una momia.

La careta no pertenecia exclusivamente á la muerte en Egipto: era tambien sacerdotal. Diodoro de Sicilia refiere que los guardas de los animales destinados al culto público, solo les servian con las caras cubiertas de caretas, modeladas á su imagen: es decir que para acercarse á la bestia, se bestializaba el hombre. La procesion de Isis no era mas que una gran mascarada, en la que cada sacerdote representaba un animal simbólico de las constelaciones, y escoltaba el carro de la diosa, que aparecía bajo la forma de una osa.

En Grecia, el origen de la careta fué pastoril. Los vendimiadores, durante las fiestas de Baco, solian improvisar una especie de comedia: unos á otros se dirigian canciones satíricas y avinadas ironías, sin perdonar género alguno de licencia. De allí procedió el uso de cubrirse el rostro, mientras duraban las bacanales, con una careta de hojas entrelazadas: después llevaron esta misma careta los soldados romanos, cuando acompañaban el carro de un triunfador, cantando versos henchidos de sarcasmos y de injurias.

El arte dramático consagró pronto en Grecia la careta y la convirtió en emblema de su musa. ¿Fué Thespis el primero que lo hizo? ¿Fué Eschilo? Los eruditos no lo

han decidido todavia. Lo cierto es que ella fué el atributo distintivo, y que todos los poetas griegos y romanos dieron caretas á sus actores. Aquellas caretas eran enormes, pues cubrían toda la cabeza, y se colocaban como un morrion. La boca, monstruosamente deformada, se hallaba forrada con planchas de bronce, que le prestaban la sonoridad de una bocina. Feroces, lloronas, desmelenadas en la tragedia, y grotescas y ridículas en la comedia, dichas caretas reasumían las diversas expresiones del semblante, desde la majestad hasta el idiotis-



mo, desde el furor hasta la lujuria, aunque siempre con mayor poder, con centuplicada fuerza.

Imposible sería apreciar esta dilatación monstruosa, á no tener presente el aparato escénico de la comedia antigua: La inmensidad del escenario, y su separación de los espectadores, debían cambiar necesariamente todas las leyes de la acústica y de la óptica. El coturno daba al cómico la estatura de un gigante, y la careta su mismo rostro. Tampoco es fácil explicar la variedad de tipos que los antiguos aplicaban á su confección, y sobre todo en la de las caretas cómicas. Nunca adelantó tanto el capricho del hombre empleado en la caricatura. Cerremos el libro de Ficorini, de *Larvis Scenicis*, penetrados de esta convicción humillante, á saber, que hace mil ochocientos años, el mundo no ha inventado una nariz ni una boca, cuya propiedad deje de pertenecer á los caricaturistas griegos ó romanos. Todos los fantasmas grotescos que la laguna de Venecia, semejante al espejo de una sala de baile secular, ha reflejado á millones, se encuentran en los vasos etruscos, en los frescos de Pompeya, en los camafeos ó en los medallones de la antigüedad.

El Polichinela y el Arlequin, tipos italianos, se ven grabados en ágatas romanas muy conocidas de los anticuarios; no hay un rostro típico del carnaval moderno, que no sea miserable copia de algún bufon del teatro de Plauto ó del de Terencio.

La careta, entre los antiguos, no era únicamente el instrumento de la ficción y del símbolo, pues servía asimismo de intérprete á todas las pasiones de la vida positiva. Los reyes de Persia, para confirmar su genealogía sideral, se cubrían la cara con una careta de oro, que figuraba una estrella. Con la

esfera del mundo á sus piés, la luna creciente en la mano y el disco del sol en la frente, se aparecían á sus súbditos como la encarnación de un astro. En la China acontecía precisamente todo lo contrario, pues los grandes y los cortesanos debían cubrirse los rostros delante del emperador, por temor de que los rayos sagrados que despedían los ojos del hijo del cielo no desfigurasen los de sus esclavos. Casi todos los dominadores del mundo antiguo tuvieron el capricho de que brillase en sus cabezas la doble aureola de dioses y de reyes, y el de convertirse en ídolos para hacerse adorar. Alejandro se mostró á su ejército, en el desierto de Egipto, con la cabeza erizada por los cuernos de Júpiter Ammon; Augusto

tardó en reaparecer en todos los rostros, á pesar de la severidad de aquellas leyes.

La careta característica de la edad média es la militar, porque bien merecen aquel nombre esos cascos que hoy se guardan en nuestras armerías, y cuyas viseras ocultaban los rostros de los campeones. Semejantes defensas, figurando serpientes, leones, grifos y tarascas, debían inspirar terror; los que las usaban pasarían precisamente por seres sobrenaturales en una época de ignorancia. Cuando el vencido caía al suelo, quedaba persuadido de que le era preciso morir, porque estaba echada la visera de su contrario, y este no tenía ojos ni oídos. No era un rostro humano el que allí dominaba, sino

estableció en la tierra los banquetes olímpicos; Calígula, Nerón, Cómodo y Heliogábalo se disfrazaban de divinidades, pues tan pronto representaban á Júpiter, Mercurio y Apolo, como á Diana, Venus y Flora.

Había también en Roma caretas funerarias, verdaderos utensilios de dolor, á través de las cuales podía reirse el heredero del difunto. El jefe de una mascarada fúnebre se llamaba *archimimus*. Sus funciones eran extrañas, pues cubierto con una careta, modelada por el rostro del difunto, acompañaba su cadáver, fingiendo los gestos y contorsiones que hacía en vida. No existía una solemnidad en la sociedad antigua, sin que la careta representase en ella un papel importante.

La edad média experimentó cierto desden á la careta, porque la creyó, como ya hemos dicho, obra del diablo: por consiguiente la calificó de pagana, hereje y demoníaca. Las leyes civiles se asociaron á los exorcismos eclesiásticos, y Carlomagno la prohibió en sus *Capitulares*. En Francia y en Inglaterra tuvo la misma suerte; pero la careta es tan natural al hombre, que no



Corral de aves.



Josefina y el capitán Raimundo.



El desayuno de Josefina.

una implacable careta de metal. En cuanto á los caballos de batalla, parecían monstruos heráldicos que habían adquirido animación para defender á los señores cuyos escudos ostentaban.

Hacia fines del siglo XVI, la media careta hizo parte del traje de las damas. Esto, al parecer tan sencillo, complicó extraordinariamente las costumbres. Aun cuando la crónica no lo dijese, se adivinaria desde luego que la corte afeminada, sangüinaria y casi asiática de los últimos Valois, fué también una corte enmascarada. Sin la media careta no hubiera escrito Brantome su libro de *Las damas galantes*. En los primeros años del reinado de Luis XIV cayó en desuso, y en 1648 vemos á una joven, que se llamó mas tarde Mad. de Maintenon, cuidando los pavos de su madrina, tapándose la cara con una careta de tafetan, para preservar de los ardores del sol aquella tez que debía hechizar á un monarca.

Durante dos siglos, Venecia fué la capital del desorden europeo. Aquella hija del placer había emprendido en grande el comercio de los siete pecados capitales, y tenía mercado abierto de placeres en los cinco meses de su carnaval. Todo el que poseía juventud ó algún patrimonio que derrochar, acudía á ella; todas las espadas de los aventureros del mundo resonaban en sus calles; todo el dinero de los jugadores y de los pródigos iba á caer en los cofres de su inmensa banca. Laberinto licencioso de puentes, de escaleras, de canales, de calles estrechas como corredores y tortuosas como senderos, parecía haberse edificado espesamente para las intrigas, para las emboscadas, para los golpes de teatro y para los *quid pro quos* de la tragicomedia del vicio: el *imbroglio* de las aventuras se embrollaba y se desembrollaba á cada instante en aquel *imbroglio* de mármol.

¡Cosa singular! El carnaval monstruo estaba presidido por diez hombres, que componían el *Consejo de los Diez*. El gobierno de la Gomorra marítima era una inquisición oculta, subterránea y judaica, llena del terror que esparcía, en todas partes invisible y en todas presente, que contaba tantos aliados como sospechosos, y convertía á cada veneciano en un espía espiado. En semejante ciudad, todos estaban interesados en ocultar el rostro: por eso la careta era en Venecia un arma defensiva, el casco de la vida civil. El Sigisbeismo y la policia, la arlequinada y la conjuración, el amor y la venganza se encubrían con la misma careta para sus voluptuosidades, sus delaciones y sus emboscadas. Se había comprendido tanto la necesidad de aquel talisman universal, que la ley lo había reconocido. A los ciudadanos correspondía conocer qué manos estrechaban, y despejar las incógnitas misteriosas que se presentaban á su vista. Figurémonos ahora entre aquel pueblo de fantasmas, que no merecía nombre alguno, que no podía reconocerse, que veía sin ser visto, que oía sin saberse si escuchaba, y comprenderemos el sentido de estos sinistros dísticos, que se leen en un calabozo de los *plomos*:

*Non ti fidar ad alcuno, pensa e taci,  
Se fugir vuoi de spioni insidie e lacci.  
De che mi fido guardami, Dio;  
de che non mi fido mi guardero io.*

La careta tiene también sus aventuras y sus catástrofes, y los papeles alegres ó tristes, cómicos ó terribles que representa en la fantasía, ó en realidad, llevan el sello del misterio que siempre le acompaña. Cuando la historia endosa el disfraz se reviste de la fisonomía de una leyenda. Bajo la máscara regicida de Hewlet, la muerte de Carlos I toma el carácter de una ejecución fantástica; y aquella figura, tan siniestramente anónima, que tanto ha dado que hacer á la historia, aquel espectro, cuyo recuerdo nunca se borra de la memoria de los hombres, aquel hombre cadáver de la *Máscara de hierro*, cuyo rostro solo conocieron Luis XIV y Louvois, ¿no parece mas bien una creación digna de figurar en los cuentos horribles del tétrico Hoffman, que en los registros oficiales y auténticos de la Bastilla?

Sin salir del siglo XVII, hallamos en unas Memorias contemporáneas sobre la corte del gran rey, una siniestra historia de máscaras, que parece increíble, cuando vemos que ocurrió en aquel majestuoso palacio de Versalles, espléndidamente iluminado por el sol heráldico *nec pluribus impar*, y en el cual osó penetrar en el mochuelo de la fantasmagoría nocturna.

Hé aquí el hecho.

Había baile en las habitaciones de la duquesa de Borgoña. Durante el carnaval del año anterior, habían estado muy en boga las caretas de cera, y la corte tuvo la humorada de volverlas á usar. Eran verdaderos rostros de hadas galantes, coquetas y aristocráticas, llenos de bermellón y que solo hacían muecas con los labios; las máscaras iban peinadas á la Fontanges, con pelucas *in-folio*: aquellos peinados parecían naturales. De pronto se oye un rumor en el baile, los minuets se interrumpen, gritos de terror cubren los sonidos de la orquesta, y todos señalan con la mano á dos máscaras, que no comprenden la espantosa curiosidad que inspiran. ¿Cuál era este secreto? Sus caretas se habían puesto pálidas, descomponiéndose visiblemente; unas manchas lividas se esparcían en sus mejillas; un sudor frío salía de los poros de la cera, como si esta fuese carne viva, y animados los dos bailarines, á pesar de sus rostros de moribundos, representaban en presencia de la corte horrorizada la pantomima de la agonía. ¿Cuál podía ser el sentido de tan fúnebre escena? Pronto se reveló. Los dos caballeros que en ella figuraron como primeros actores, fueron muertos en una batalla que se dió pocos días después de este suceso.

Si en los bailes públicos profetizasen todos los que se disfrazan con ciertas caretas la suerte que parece aneja á la fisonomía de estas, pronto perderían su afición al disfraz. ¡Cuántos jóvenes, en efecto, llenos de vida y esperanza, bailan hoy sobre su sepulcro! ¡Cuántos devolverán pronto á la muerte sus trajes magníficos de sociedad, del mismo modo que, después del baile, devuelven al prendero sus disfraces, y arrojan la careta que les ha hecho pasar una noche deliciosa!

Quando se quiere agrandar en el mundo, es preciso resolverse á dejarse enseñar muchas cosas que se saben, por gentes que las ignoran.

Las ciencias tienen tal union entre sí, que en cierto modo son inseparables; y así es que no se puede sobresalir en una sin tener por lo menos conocimientos generales de las demás.

La ciencia corrige los defectos de la imaginación, que engañándose acerca de los verdaderos intereses, se deja guiar muchas veces por las apariencias mejor que por la verdad.

La verdadera ciencia, decía Sócrates que consiste, en soportar con tranquilidad las desgracias; conformar su conducta á la situación en que se halle; tratar á los hombres con justicia y benevolencia; sufrir con paciencia sus injusticias y defectos; y no dejarse dominar por la voluptuosidad, ni oprimir por la mala suerte, ni embriagar por la prosperidad.

## LAS FLORES ANIMADAS.

### EL HADA DE LAS FLORES.

Ciertos anticuarios han pretendido haber encontrado el sitio en donde estuvo el paraíso terrenal. Pero ningún sabio, que sepamos, se ha dedicado hasta ahora á fijar la situación geográfica del palacio del Hada de las Flores. Unos le colocan en el reino de Cachemira, otros al sudeste de Delhy; estos en una de las llanuras de Hymalia, aquellos en el centro de la isla de Java, rodeado de un inmenso bosque, cuya fecunda é impenetrable vegetación le protege contra las miradas indiscretas y las investigaciones de los sabios.

Solo nosotros conocemos la vía que conduce al país de las flores; pero un solemne juramento nos prohíbe revelarla. De lo contrario los periodistas llegarían allí indudablemente al mismo tiempo que nosotros, y Dios sabe en qué estado pondrían aquella feliz comarca que solo ha pasado por una revolución, la que vamos á referir.

El lector que guste de acompañarnos, debe consentir en dejarse vendar los ojos con un finísimo pañuelo. Examinaremos sus bolsillos á fin de asegurarnos de que no lleva folletines de periódico, y puestos ya en camino llegaremos por fin al término de nuestro viaje, y caerá la venda de sus ojos.

¿No percibís un aire mucho mas ligero, mucho mas suave que el que alimenta ordinariamente vuestra respiración? ¿No distinguís en medio de la oscuridad que vela vuestra mirada, una claridad mas viva, mas penetrante, mas dulce que la del cielo de vuestra patria? Es que nuestro viaje ha terminado, es que nos encontramos en los dominios del Hada de las Flores.

Hé aquí su jardín, donde se hallan reunidas y viven en igualdad fraternal los productos de todas las zonas, de todos los climas, la flor brillante de los trópicos junto á la Violeta; el Aloe cerca de la Yerba-doncella. Las Palmeras ostentan sus hojas en forma de abanico por cima de una masa de Acacias de flor rosada; y los Jazmines y Granados confunden sus estrellas plateadas y sus llamas de púrpura. La Rosa, el Clavel, la Flor de Lis, mil flores en físi que la imaginación puede figurarse sin necesidad de que yo las nombre, se agrupan de una manera armoniosa, describen los mas graciosos arabescos. Todas estas flores viven, respiran y se hablan entre sí, trocando sus perfumes.

Innumerables y pequeños arroyuelos serpentean caprichosamente, bañando con suavidad el pié de los árboles, de los arbustos y de las plantas. El agua corre sobre diamantes, en los cuales refleja una luz de oro, de azul y de ópalo. Mariposas de todas formas y de todos colores se cruzan, se evitan, se persiguen, descansan ó se elevan á favor de sus alas de amatista, de esmeralda, de turquesa y de safir. Sin que haya pájaros en este jardín, se percibe una especie de armonía universal parecida á uno de estos conciertos ideales que se conciben y no satisfacen las notas de Bellini; y es la brisa que suspira, murmura, juega y canta su melodía á cada una de las flores.

El palacio morada del Hada es digna de todas las maravillas que no hemos sino indicado. Un genio ha reunido todos aquellos hilos de oro que, en las primeras mañanas de la primavera, revolotean de una planta á otra, y los ha entrelazado transformándoles en elegantés festones. Toda la construcción del palacio ha sido asegurada por medio de filigranas encantadas. Forman los techos hojas de Rosas, y llenan los techos vacíos azules Alhóoles, los cuales se estienden sobre el Hada á manera de cortinaje.

La reina de este palacio se encuentra raras veces en su casa: la ocupan demasiado el cultivo de las flores y los proyectos que medita para procurar su felicidad.

¿Puede ser feliz una flor? Hé aquí una cosa que parece imposible: sin embargo nada hay mas cierto. Nuestra Hada ha hecho la experiencia de ello.

En una hermosa noche de primavera, el Hada de las Flores, muellemente sentada en una amaca de entrelazadas Lianas, contemplaba perezosamente estas otras flores misteriosas amadas Estrellas, cuando creyó oír á lo lejos confuso rumor. Serán sin duda los céfiros que vienen á hacer la corte á las flores, dijo entre sí, y volvió á entregarse á su meditación. Cuando hete que este rumor hizose mas y mas distinto, la arena de oro crugió bajo unos pasos de cada vez mas próximos, y el Hada alzándose de su asiento, vió llegar una nume procesion de flores. Habíalas de todas edades y condiciones. Graves Rosas que ya empezaban á marchitarse venían rodeadas de su joven familia de capullos.

Las clases se habían confundido del todo: la aristocrática Tulipa daba el brazo al popular Clavel; el Geranio, vano como un banquero, caminaba al lado de la tierna Anémona; y la orgulloza Amaryllis escuchaba sin desden la conversacion pasablemente vulgar del Espantalobos. Ni mas ni menos que sucede en todas las sociedades mejor organizadas, llegado el momento de una gran crisis, las flores se habían ligado entre sí por medio de una coalicion forzosa.

Las Lises, ceñida la frente con una diadema de Lucioles, las Campanulas, linternas vivas que ostentan en su corola un verde lucero alumbraban la procesion, siguiendo detrás un poco desvandada, la indisciplinable tropa de las Margaritas.

La procesion se detuvo en buen orden ante el palacio del Hada atónita, y un Eléboro, melifluo orador, saliendose de las filas, tomó la palabra en estos términos:

«Señora.

»Las flores aquí presentes os suplican aceptéis sus home-

najes y atendais á sus humildes quejas. Millares de años ha-ce que estamos sirviendo de testo de comparacion para los mortales: hacemos solas el gasto de todas las metáforas, y sin nosotras la poesia no podria vivir. Los hombres nos aplican «sus virtudes y sus vicios, sus defectos y sus buenas cualidades; hora es ya de que probemos á qué saben unos y otras. Estamos fastidiadas de la vida de «las flores y deseamos nos sea permitido adoptar la humana «forma, á fin de juzgar por nosotras mismas si es conforme «á la verdad aquello que allá arriba están diciendo de nuestrs tendencias.»

Este discurso fué acogido con un murmullo de aprobacion. El Hada no podia dar asentimiento al testimonio de sus ojos y oídos.

—¿Cómo, exclamó! ¡quereis trocar vuestra existencia comparable á la de las deidades por la miserable existencia de los hombres! ¿Qué es lo que falta á vuestra felicidad? ¿no teneis los diamantes del rocío para adornaros, la conversacion del céfiro para distraeros, y los besos de las mariposas para vivir de amor?

—El rocío me constipa, exclamó un D. Juan de noche. —Los madrigales del céfiro me dan sueño, dijo una Rosa: hace mil años que me está diciendo lo mismo. Los poetas individuos de alguna academia deben ser algo mas divertidos.

—¿Qué me importan las caricias de una mariposa? murmuró una sentimental Yerba-doncella. ¿Acaso no parte conmigo su dulzura? La mariposa es el símbolo del egoismo: no reconoce á su madre ni le reconocen sus hijos. ¿En dónde habrá aprendido á amar? No cuenta pasado ni porvenir: no se acuerda de nada y se olvida de todo. Los hombres, los hombres son los únicos que saben amar.

El Hada fijó en la Yerba-doncella su dolorosa mirada, como diciéndola: «¡Tú también!» Comprendió, empero, que todos los esfuerzos que haria para calmar esta sedicion serian inútiles. Probó sin embargo por la última vez.

—Y cuando vivais sobre la tierra, dijo á las revolucionarias, ¿cómo os mantendreis?

—Me haré literata, contestó una Eglantina.

(Continuará.)

## EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

*Tempora labuntur, tacitissime senescimus annis  
Et fugiunt franco non remorante dies.*

(OVIDIO.)

*Leurs années se passent successivement comme  
des floes, ils ne cessent de s'écouler: tant qu'en-  
fin après avoir fait un peu plus de bruit, et tra-  
versé un peu plus de pais les uns que les autres,  
ils vont tous ensemble se confondre dans un  
abysses...*

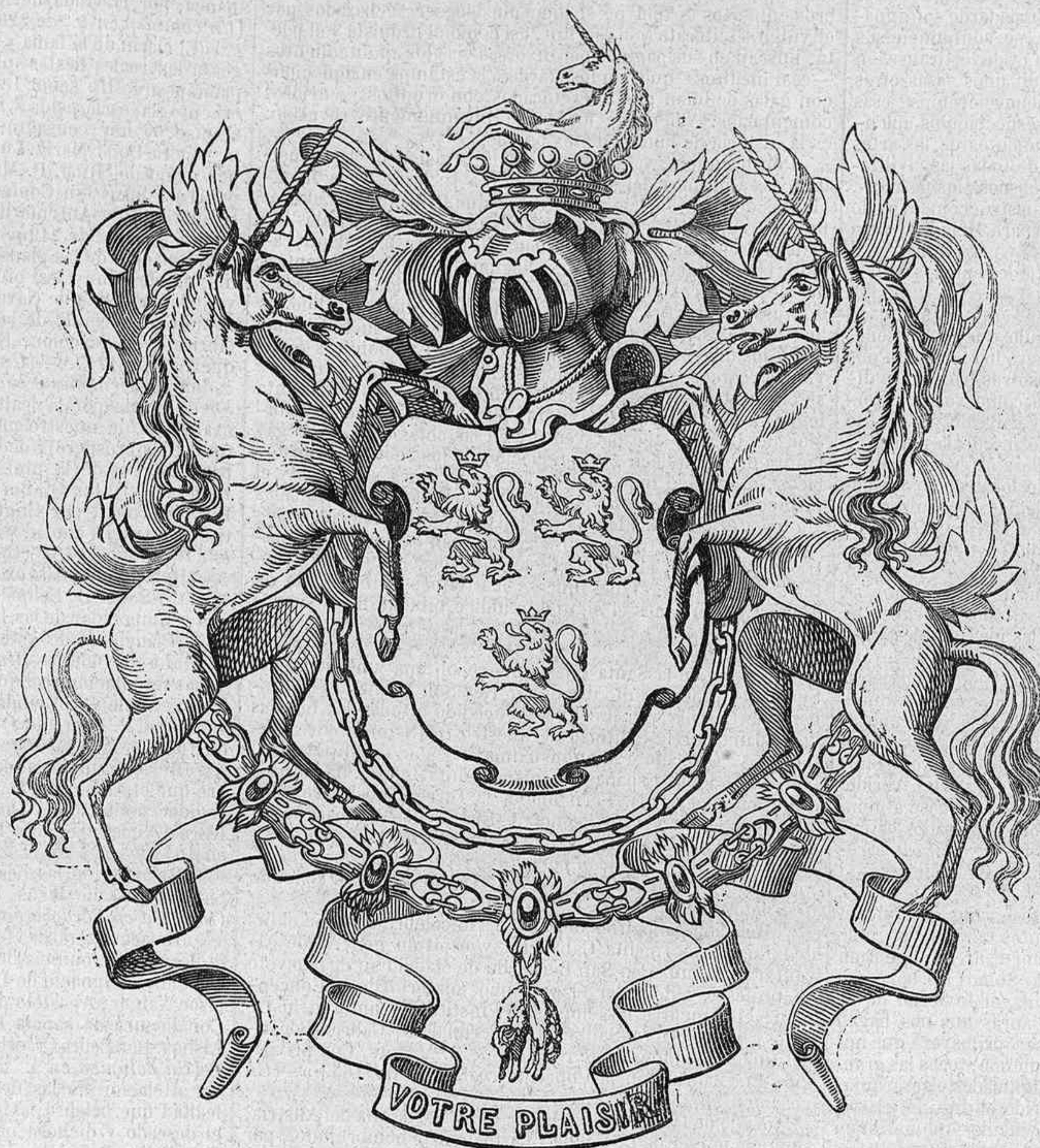
(BOSQUET: oraison funébre de Madame Duchesse  
d'Orléans.)

Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir. Hé aquí las sublimes palabras con que hoy recuerda la Iglesia el origen del hombre y el destino de su cuerpo miserable y perecedero. Esa apóstrofe cristiana nos sale al encuentro en medio de los devaneos de un mundo que nos fascina con sus halagos, y nos seduce con sus llamados placeres, y nos aprisiona con sus cadenas de engañosos oropel y de goces ficticios. Estos dias de continuadas bacanales que llamamos *Carnaval*; ese ruido, esa confusion, esa Babel incomprendible en que se olvidan tantos deberes y se venden y prostituyen tantas virtudes; ese vértigo que se apodera de todos los ánimos; ese frenesí que ocupa el lugar de la razon; ese *mare magnum* en que nos agitamos y bullimos, y donde, como miseros náufragos, pocas veces podemos asirnos á una tabla salvadora; todo eso, repetimos, no es otra cosa que el mundo epilgado en tres ó cuatro dias de insensatez y delirio, en que hacemos callar al alma, para que la carne impere bajo multiformes disfraces. El Carnaval es el resumen viviente en que la sociedad presenta de relieve su forma, estructura y mecanismo; el Carnaval es la bulliciosa parodia donde todos nos ponemos una careta visible, como si no la llevásemos todo el año; el Carnaval es la fiebre periódica que, heredada de los gentiles, padecen los pueblos cristianos; es el beleño que adormece por un momento sus males, la insondable sima que traga no pocos ahorros, el pretexto para mil ruinosas deudas, el bazar donde se trafica con muchas virtudes.

¿Oís?... Es la campana bendita cuya sonora y majestuosa vibracion llega á perderse entre los últimos sonidos de la orquesta de un baile y las mil voces de los insensatos máscaras. Esa campana nos escita al recogimiento y á la oracion; esa campana nos guía al templo cristiano, donde se nivelan todas las gerarquías, donde se confunden todas las clases, donde no hay mas que Dios y el hombre. ¿Escuchais?... Son las palabras del *memento homo*, que pronuncia el sacerdote al pié del tabernáculo. ¿Veis? Es la ceniza sagrada con que escribe en nuestra cabeza el origen de nuestro ser y el porvenir que nos espera en la tierra. ¡Si meditásemos sobre la filosofia de esas palabras, si comprendiésemos todo lo que encierran de espiritual y de sublime, si lográsemos purificar nuestra frente de las manchas de lo terreno, y elevar el alma hasta el trono de la Onipotencia, hacia la eternidad sin límites!

Ese grupo de máscaras que van en confuso desorden, sonolientos y desmadejados, con muchas ilusiones de menos, y tal vez no pocos remordimientos de mas: esos máscaras que corren de un lado á otro dando gritos insensatos y atiplando la ya enronquecida voz, tienen que hacer alto para dar paso á un espectáculo de otro género que les sale al encuentro; es el entierro de un hombre, que ahora es un puñado de polvo, y el año último les acompañaba en sus locuras, radiante de vida y de ficticia felicidad. Abridle paso: acaba de despojarse de su traje y de su careta, y va á descansar en el seno de la madre tierra por toda una noche de tinieblas perdurables; su espíritu habrá sido juzgado á estas horas en el tribunal del Altísimo. Ha muerto muy cerca de ese mismo lugar donde tanto os habeis solazado, y el estertor de su agonía, y las consoladoras palabras del sacerdote que le ayudaba á bien morir, y los ayes y lamentos de su desconsolada familia se han mezclado y confundido muchas veces con el estrépito de la orquesta, con el clamoreo de vuestras campanas y el ruido y la gritería de vuestra querida diversion. Así es el mundo; la vida dando paso á la muerte; la muerte sorprendiendo á la vida en medio de sus estrepitosos anhelados goces.





# MI LAGNERÓ TACENDO.

ROMANZA INÉDITA

DE G. ROSSINI.

DEDICADA AL

PRINCIPE BASILIO GALITZIN,

CHAMBELAN DE S. M. EL EMPERADOR DE RUSIA.

Andante sostenuto.

CANTO.

Mi la - gne - ro ta - cen - - do del - la mia sor - te a ma - - ra. Ma

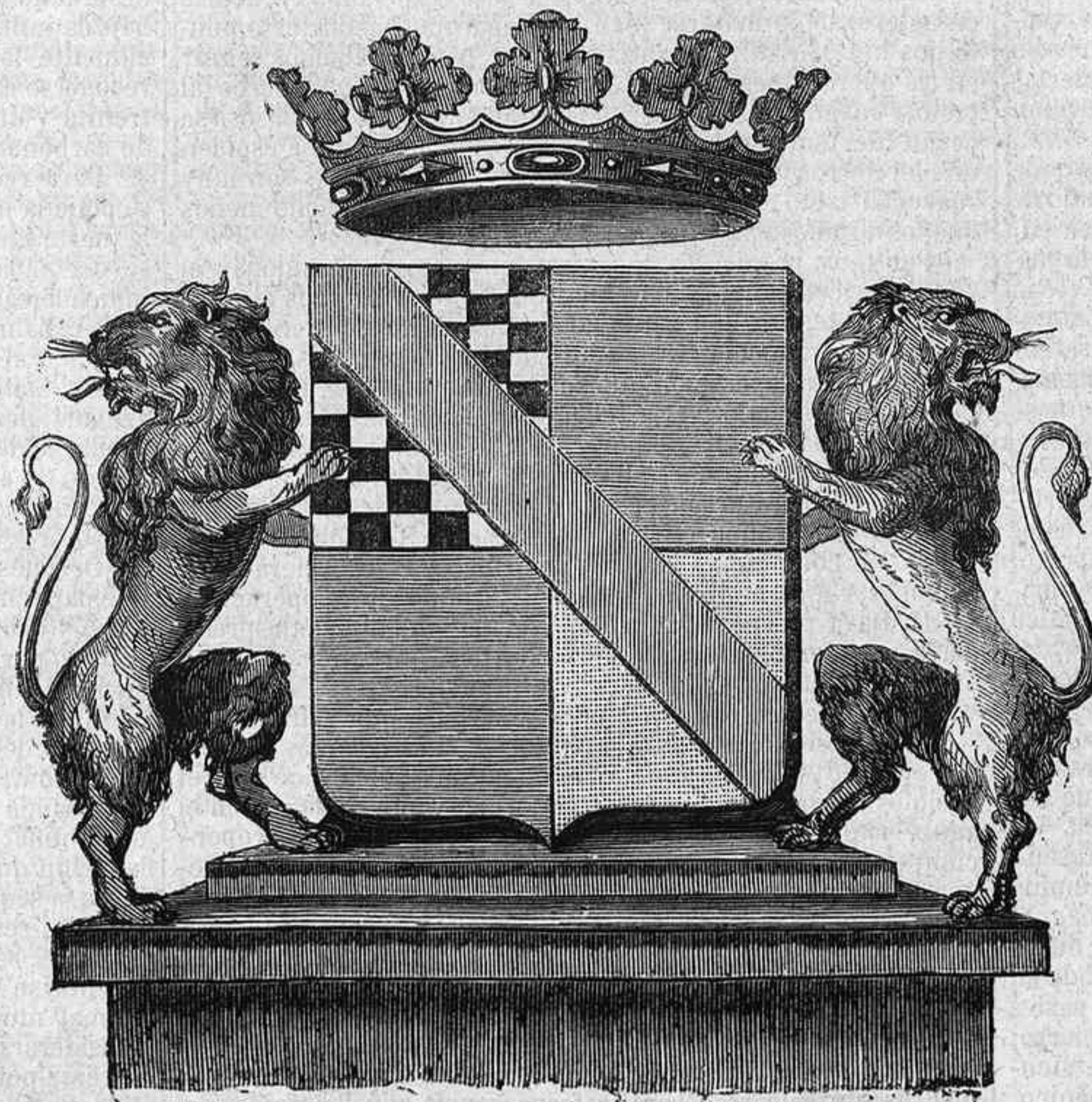
PIANO.

*p.*

ch'io non t'a - mi o ca - - ra non lo spe - rar da me. Mi la - gne-ro ta - cen - do del -

- la mia sor-te a ma - ra. Ma ch'io non t'a-mi o ca-ra non lo spe - rar da me cru-

- - del, cru - del. - - - - -



## CIENCIAS NATURALES.

## QUIMICA.

Al encabezar este artículo con el nombre de una ciencia tan útil como estensa, no hemos pensado ciertamente en darle mas importancia de la que verdaderamente tenga, ni en añadir páginas nuevas á las escuelas que nos han dejado legadas los inmortales Thenard, Berzelius, Lavoisier y otros hombres, respetables todos ellos no tanto por sus profundos conocimientos en la misma, cuanto por las aplicaciones que han sabido descubrir, proporcionando así las innumerables fuentes de riqueza que á todas las clases de la sociedad ofrecen.

En su principio, aunque no se conocieron mas que un corto número de hechos aislados entre sí, fueron lo muy bastante para que predijeran toda la importancia que en la actualidad podría tener la química. Conocida con el nombre de alquimia, se convirtió en objeto de estudio para unos, y en el de especulación para otros; se confundió entre las artes mágicas, y se hizo temer y respetar, como entonces se temía y respetaba todo lo que se creía sobrenatural; y tan extraordinarios juzgaron aquellos fenómenos, que las mentes fanáticas y estraviadas de aquel tiempo, no solamente pretendieron con ellos encontrar el arte de hacer el oro, lo cual hubieran logrado si hubieran sabido seguir el verdadero camino, sino que quisieron encontrar el principio de una vida eterna, lo cual seguramente no ha dejado en nuestras manos el Dios de la creación.

Al fin pues de algunos siglos, ingeniosos y preclaros talentos, auxiliados de su exacto raciocinio, llegaron á descubrir las leyes naturales, por las que se regían los fenómenos mencionados, y reuniéndolos en un cuerpo de doctrina, llegaron á formar una ciencia, cuya utilidad es difícil de encomiar, puesto que sus infinitas aplicaciones ofrecen innumerables recursos á todo el que se les pide.

Solo en ella puede el hombre, sin gran caudal de conocimientos, enunciar ideas útiles á sus semejantes, sin que él mismo las invente, y al partir de este principio no deseamos ciertamente que sea para nosotros la égida poderosa con que Mentor cubria á Telémaco para preservarle de los tiros de Calipso, porque si bien las que ofrecemos al público en este escrito no son propias, nos pertenecen el método y la lógica con que se encuentran coordinadas, sin que por este sencillo trabajo apetezcamos otra gloria mas que la de saber que alguno las utiliza.

Los agricultores son á los que mas directamente interesan, porque la agricultura es una de nuestras favoritas, y aunque no les proporcionamos auxilios análogos á los del *Eugrais concentré* de Mr. Muguen y compañía, tan recomendada por los agricultores ingleses Leyland, Dauson y otros, no creemos sea por ello menos importante la sencilla dedicacion que le hacemos en la presente.

## ANÁLISIS DE LAS TIERRAS.

Efectivamente, ¿qué objeto mas interesante que los suelos puede llamar nuestra atencion, para que le proponamos como un ejemplo de análisis que al mismo tiempo que nos sirva de base general para esta clase de operaciones, nos descubra la bondad de todos ellos? ¿No son un depósito sagrado donde la humanidad toda entera encierra el capital de su existencia? ¿Qué clase ó sociedad hay en el mundo que exima de sus especulaciones algun que otro producto de la tierra? Ya pues que no podemos descender á la misteriosa caverna donde los milagrosos agentes fabrican tan encantados efectos; ya que no podemos mecánicamente descubrir la fuerza de comocion en el sorprendente movimiento vegetal, aprovechámonos de los descubrimientos que la ciencia, á fuer de atrevida y laboriosa, va adquiriendo, y ya que tenemos que ignorar las causas invisibles de tan patentes efectos, sepamos cuando menos la constitucion de las máquinas y el modo de disponerlas mas á propósito para la mayor perfeccion en sus variados trabajos, ocupémosnos del exámen de los suelos, veamos los elementos que los constituyen, las proporciones en que entran, y las agregaciones ó separaciones que de ciertas sustancias tenemos que verificar para fertilizar su produccion y aumentar su utilidad.

No son ciertamente los trabajos de lord Doudonald y de Kirvau los que menos han contribuido á facilitar el estudio de este campo de investigaciones; pero ninguno como sir H. Davy ha hecho conocer para el logro de nuestro objeto un método fácil de análisis, que por sus numerosos detalles y con algunas modificaciones es el que vamos á esponer.

Sabemos por la geología que la costra del globo se encuentra dividida en grupos que reciben el nombre de formacion, y que muchos de estos reunidos constituyen lo que se llama un terreno.

Aunque con un pequeño disentiendo en opiniones, los geólogos modernos dividen la costra del globo en cinco grupos ó terrenos, que tomados ó considerados de arriba á abajo, se suceden de la manera siguiente. De aluvion ó de transporte, terciario, secundario, intermediario ó de trasmision, y primario ó primitivo: otros admiten el que denominan plutónico ó de origen ígneo.

Todas las superficies pues de los diferentes terrenos que existen, se encuentran formados por ciertas mezclas de tierras primitivas, materias vegetales y animales, algunos compuestos, salinos y óxido de hierro, cuyos factores entran en diversas proporciones para conocer las que tenemos que someterlas á la análisis.

Las tierras primitivas que con mas frecuencia se presentan en los suelos, son la tierra guijarrosa (sílice), la alumina (materia pura de arcilla), la cal ó tierra calcárea y la magnesia. El sílex forma una parte considerable de los suelos duros areniscos y de los terrenos pedregosos; la alumina abunda en los arcillosos, tierras gredosas, y generalmente en las partes mas divididas del suelo, unida con la sílice y óxido de hierro; la cal se encuentra siempre en estado de combinacion, siendo la mas frecuente la que presenta con el ácido carbónico, constituyendo el carbonato de cal, que en su estado de dureza recibe el nombre de mármol, y en un estado mas tápido el de creta; con el ácido sulfúrico constituye el sulfato de cal

(vulgo yeso), y con el ácido fosfórico el fosfato de cal ó sea tierra de los huesos. El carbonato de cal se encuentra especialmente en los terrenos quebradizos y en las minas de greda, y la magnesia, que es la que mas raramente aparece, cuando se verifica es combinada con el ácido carbónico, ó mezclada con la sílice ó la alumina.

La materia animal en descomposicion existe en diferentes estados, conteniendo siempre en ellos sustancias carbonáceas, amoniaco, productos gaseosos, inflamables, y ácido carbónico; presentándose con mucha mas abundancia en los terrenos recientemente labrados.

La materia vegetal contiene generalmente mas sustancias carbonáceas que la materia animal, diferenciándose de esta en que no produce nada de amoniaco: abunda mas ó menos en todos los terrenos, pero especialmente en los fértiles.

Los compuestos salinos son poco numerosos y en pequeñas proporciones; los mas principales son: clorhidrato y sulfato de potasa; nitrato de cal y algunas sustancias alcalinas poco cáusticas, y por último el óxido de hierro forma parte de todos los terrenos, abundando especialmente en las arcillas amarillas y rojas y en las arenas silíceas de estos mismos colores.

Esputas ya las sustancias mas esenciales que en el exámen de los suelos se nos pueden presentar, vamos á ocuparnos ahora de los diferentes útiles y reactivos que son mas indispensables para el logro de nuestro objeto.

Una balanza capaz de pesar cien gramos y que una vez cargados los platillos no se salga de equilibrio mas que en medio decigramo; una caja de pesos divididos; un tamiz metálico de un espesor tal que pueda pasar por él un granito de pólvora; una lámpara de Argand con su apoyo; unas redomitas de vidrio; varios crisoles de Hesse y cápsulas de porcelana para evaporar; un mortero de loza con su majador; algunos filtros arreglados con medias hojas de papel sin cola, capaces de contener medio litro de líquido; un cuchillo de hueso y una cuba hidroneumática componen la maquinaria sencilla que á nuestro propósito corresponde.

Los principales reactivos son los ácidos clorhídrico y sulfúrico; amoniaco líquido; una disolucion de clorhidrato de potasa; agua de jabón; unas disoluciones de carbonato y clorhidrato de amoniaco carbonato neutro de potasa y nitrato de amoniaco.

Siempre que se trata de reconocer la naturaleza del suelo de un campo, se toman muestras en diferentes partes del mismo, á unos ocho centímetros de profundidad, examinando comparativamente sus caracteres físicos. Alguna que otra vez sucede que todo el suelo superior, ó sea la capa del terreno, es de una misma naturaleza, en cuyo caso, tomando la muestra de un solo punto, basta para determinar la de todos los demás; pero generalmente en los valles y en la proximidad de las riberas se encuentran diferencias notables, sucediendo con frecuencia que en un mismo campo se encuentran unas partes calcáreas y otras silíceas; por cuya razon hay que tomar muestras de cada una de ellas. Cuando las muestras tomadas no pueden someterse á la operacion desde luego, se colocan en unas redomitas de vidrio, procurando no se mezclen, y que la cantidad de cada muestra sea la de doce á veinticuatro gramos.

Para indagar el peso específico de una muestra, se introduce esta en una botellita de una capacidad conocida de agua destilada. Su peso se obtiene, poniendo agua en la botella hasta la mitad de su cabida, y llenándola de la tierra, que se somete á la análisis hasta que el líquido se eleva al orificio, y la diferencia que existe entre el peso del agua y el de la tierra, nos dará conocimiento del verdadero resultado. Si por ejemplo, la capacidad de la botella es 24 gramos de agua, y ocupada en su mitad por la tierra aumenta 12 gramos, si la capacidad se llenara toda de tierra pesaria 48 gramos; lo que nos dice que la ensayada es dos veces mas pesada que el agua, ó lo que es lo mismo, que su peso específico es dos con relacion al agua, que es el cuerpo que se toma por término de comparacion, y á su máximun de densidad que es á cuatro sobre cero.

Conviene ante todo investigar el peso específico y demás caracteres de la materia analizable, porque hasta cierto punto nos indican su naturaleza y la marcha que debemos seguir en las operaciones. Así los terrenos silíceos son ásperos al tacto y rayan el vidrio por el frotamiento; los arcillosos se pegan fuertemente á la lengua, y soplándoles encima espiden un olor terroso sensible, mientras que los calcáreos son muy suaves al tacto, pero se adhieren á la lengua mucho menos que los arcillosos.

Por muy propicio que sea un cuerpo para abandonar el agua que contiene, y por mas que le esponamos al aire, siempre retendrá una cantidad de la que no podremos privarle sino por medio de algun grado de calor.

La primera operacion que se practica pues con una muestra cualquiera, es privarla del agua que contiene. Para ello se coloca en una cápsula de porcelana, la cual se calienta en la lámpara de Argand sobre unos doce minutos, hasta que recibe una temperatura de ciento cincuenta grados centígrados, la cual puede conocerse sin necesidad de termómetro, poniendo en contacto de la cápsula un pedazo de madera, que al empezar á carbonizarse indica el término de la operacion. Sir H. Davy recogia el agua que constantemente se desprendia á esta temperatura, y la encontraba pura, sin ninguna otra sustancia que se hubiera volatilizado.

Debe tenerse presente la pérdida de peso que sufre la tierra en su desecacion, porque si sobre cuatrocientas partes, por ejemplo, resultan cincuenta de pérdida, nos dice que el suelo es absorbente en el mas alto grado, que retiene bien el agua, y que la alumina entra en él en considerable proporcion; pero si resultan solo de unas diez á veinte partes, podemos decir que es ligeramente absorbente, que retiene poco el agua, y que la parte predominante es la tierra siliciosa.

A seguida se procede á pulverizar la tierra desecada en un mortero á propósito; y pasándole por un tamiz, pueden obtenerse con separacion las raices vegetales, madera, cascajo y demás sustancias que contiene, anotando el peso con separacion de cada una de ellas é indagando su naturaleza. Si las piedras son calcáreas harán efervescencia con los ácidos; si son silíceas, serán capaces de rayar el vidrio, y si son arcillosas serán muy suaves al tacto, susceptibles al corte del cuchillo é incapaces de hacer efervescencia con los ácidos.

La mayor parte de los terrenos contienen, además de las piedras y el cascajo, proporciones mas ó menos grandes de arenas de diferentes grados de finura, por lo que, siguiendo el procedimiento, lo que se hace es separar estas sustancias en el estado de su mas pequeña division, lo cual puede conseguirse sumergiendo en un vaso con agua á propósito lo que pasó por el tamiz, y agitándolo fuertemente, la arena gruesa se separa en un minuto, la mas fina en dos ó tres, y la materia animal ó vegetal queda durante algun tiempo en estado de mecánica suspension, con las partes terrosas mas tenues, de manera que filtrando el agua con precaucion podremos obtener primero la materia suspensa, y sucesivamente la arena gruesa y la fina, que después de secas se pesarán tomando en cuenta su peso. El agua filtrada debe siempre conservarse, porque puede contener las sustancias salina, animal y vegetal, que en la tierra que se analiza pudieran hallarse solubles.

Rara es la vez en que la arena se analiza estensamente; su naturaleza puede reconocerse lo mismo que la de las piedras ó cascajo, porque ó es siliciosa ó es calcárea, ó una mezcla de estas dos. Si es calcárea enteramente, se disolverá con prontitud en el ácido clorhídrico, pero si es una mezcla de las dos, como que la parte siliciosa no se disolverá, puede determinarse la cantidad respectiva de cada una, pesando el residuo después de la accion del ácido, á cuya accion debe someterse hasta que cese toda efervescencia. El residuo que queda es la parte silicea, la cual después de lavada se la seca en un crisol por medio del fuego, y la diferencia entre el peso de esta y el total, figura la cantidad de la calcárea disuelta.

La parte mas dividida del suelo es generalmente de naturaleza compuesta, conteniendo alguna vez las cuatro tierras primitivas de los terrenos y las materias animal y vegetal, por cuya razon es bastante difícil determinar las proporciones de estas diversas sustancias, al menos de una manera exacta. Sin embargo, para la continuacion del análisis, se coloca la materia dividida en una vasija á propósito para la evaporacion, y se la trata por el ácido clorhídrico en cantidad igual á dos veces el peso de la misma, pero este diluido en un volúmen de agua que sea doble del suyo. Después de agitar bien la mezcla, se la deja reposar unos ochenta minutos. Si existe carbonato de cal ó de magnesia, se disolverá en el ácido, que alguna vez se carga tambien con un poquito de óxido de hierro y aun de algunas partículas de alumina. Se filtra el líquido, y la parte sólida que queda sobre el filtro se lava con agua pura y se pesa, después de haberla desecado con un calor muy suave. El agua con que se ha lavado se agrega á la disolucion, y si el líquido no tiene sabor ácido, se le puede hacer tomar por medio del aumento de este. Llegado este caso se trata por el clorhidrato de potasa, el cual nos asegurará de la presencia del óxido de hierro, siempre que nos dé un precipitado azul, de cuya cantidad podremos cerciorarnos, tratando el precipitado por el calor rojo. Desembarazada la disolucion del óxido de hierro que pudiera contener, se la trata por la del carbonato neutro de potasa, hasta que cese toda efervescencia y su olor y sabor indiquen un exceso considerable de sal alcalina, en cuyo caso se deposita un precipitado de carbonato de cal, que á su vez se seca y pesa. Se hace hervir el líquido filtrado por un pequeño tiempo, y si contiene magnesia se precipitará en estado de combinacion con el ácido carbónico, averiguando su cantidad por los mismos medios que la del óxido de hierro y carbonato de cal. Si por cualquiera circunstancia particular, alguna pequeña porcion de alumina se hubiera disuelto en el ácido, se habria precipitado con el carbonato de cal, del que se le podría separar haciéndole hervir durante algunos minutos con una pequeña cantidad de potasa cáustica, disuelta, la cual disolveria la alumina sin atacar el carbonato de cal.

Cuando el suelo es bastante calcáreo para que pueda causar una grande efervescencia en contacto de los ácidos, podemos reconocer la cantidad de carbonato de cal por un procedimiento siempre suficientemente exacto. El carbonato de cal en sus diversos estados contiene una proporcion determinada de ácido carbonico, que es próximamente el 85 por 100; de manera que conocida la cantidad de este gas que se desprende mientras la descomposicion de la materia calcárea bajo la influencia de un ácido cualquiera, podrá inferirse fácilmente la del carbonato de cal. El ácido carbónico puede recogerse en la cuba hidroneumática, y la evaluacion es, para treinta y un centímetros cúbicos de gas, trece centigramos de carbonato.

Para reconocer la cantidad de materia animal y vegetal, se pone la masa en un crisol y se eleva la temperatura hasta la fuerte ignicion, removiendo con una espátula hasta que no se vea nada de negro. La pérdida de peso que experimenta indica la cantidad de estas sustancias que contiene, pero no la de cada una de ellas. Si mientras la ignicion exhala un olor parecido al de las plumas quemadas, es la indicacion segura de una materia animal, y si al quemarse arde con una llama azulada, denota generalmente una sustancia vegetal. Si se ayuda la destruccion de las materias descomponibles por el nitrato de amoniaco, se adelanta la operacion y no se altera el resultado, porque este se descompone á sí mismo y se evapora.

Después de estas sustancias orgánicas, no quedan mas que partículas de una materia terrosa compuesta de alumina, sílice y óxido de hierro. Para separarlos, se hace hervir el residuo por una mayor cantidad de ácido sulfúrico, que deja la parte siliciosa, la cual separada, se seca y pesa; luego se precipita la alumina por el carbonato de amoniaco, y queda el óxido de hierro, que tambien se obtiene por medio de la ebullicion.

Cuando se sospecha la presencia de alguna materia salina, animal ó vegetal solubles, se las busca en el agua de la lavacion que sirvió para separar la arena, la cual se evapora hasta la sequedad á una temperatura menor que 100 grados.

Si el residuo que se obtenga es de un color moreno é inflamable, se le puede considerar como extracto vegetal; si al calentarse espide un olor fuerte y fétido, contiene sustancia animal mucilaginoso, y si es blanca y trasparente puede considerarse salina. El nitrato de potasa ó de cal puede reconocerse por la deflagracion en contacto de un carbon encendido; y el sulfato de magnesia (vulgarmente sal de higuera) por su sabor amargo.

Para el sulfato y fosfato de cal se calienta en un crisol hasta el rojo una cantidad conocida de la materia del suelo

con media parte de carbon en polvo, se hace hervir la mezcla con mayor cantidad de agua, se filtra y se espone el líquido durante unos días al aire libre en una vasija abierta, y si contiene sulfato de cal, se formará un precipitado blanco, cuyo peso, después de deseado, indicará la cantidad. En cuanto al fosfato se pone la muestra en digestión en una cantidad de ácido clorhídrico mas que suficiente para saturar las tierras solubles, y evaporado el líquido, se trata la materia sólida por el agua, que disolverá los compuestos terrosos formados, dejando intacto el fosfato.

Finalizando el exámen, se procede á la clasificación de los productos por las respectivas cantidades obtenidas, sin desatender las oportunas correcciones, y si el total peso de productos no difiere mucho de la cantidad de muestra sometida á la esperiencia, puede admitirse la exactitud del análisis. Por ejemplo, si se han tomado doscientas partes de muestra y se obtiene:

Agua absorbida. . . . .	9	
Piedra y casquijo silicioso. . . . .	24	
Fibras vegetales no descompuestas. . . . .	5	
Arena fina siliciosa. . . . .	101,5	
Materia fina dividida, separada por filtración y consistente en carbonato de cal. . . . .	12,5	}
Carbonato de magnesia. . . . .	2	
Materia destructible por el calor especialmente vegetal. . . . .	5	}
Silice. . . . .	20	
Alumina. . . . .	16	}
Oxido de hierro. . . . .	2	
Materia soluble, sulfato de potasa y extracto vegetal. . . . .	2,5	}
Sulfato de cal. . . . .	1,5	
Fosfato. . . . .	1	
		199,

Debemos quedar satisfechos, así como tambien mientras esta diferencia no pase de 2 por 100. Inútil es decir que todo el que posea algun conocimiento sobre aparatos, manipulaciones y demás, podrá suprimir muchos de los detalles y operaciones que en este método aparecen, pues la difusión que tal vez algunos encuentren, es originada por el deseo de que puedan comprenderlo aun aquellos que no han saludado la ciencia.

Nuestro propósito era dar á conocer la manera de investigar la naturaleza de los terrenos, este se encuentra cumplido; respecto á su producción, tenemos que pedir auxilio á la agricultura, y solo esta nos dirá que si el suelo, por ejemplo, que recubre los esquistos de la formación silutiana no produce mas que pastos de mediana calidad y muy corpulentos árboles, las tierras arcillosas y frias, formadas por la descomposición de estos esquistos, se hacen sumamente fértiles cuando se las somete al margueo. (T. de V.)

A. S. A.

UNA MATANZA DE COSACOS,

POR

Godofredo Caraignac.

Es un cuadro roto, dijo el veterano, dejando caer *El Monitor*, que arrojó después con su pierna de palo; hélos internados en Francia... Es un cuadro roto, lo temo... ¡Ellos en Francia!... ¡nunca lo hubiera creído!... Pensaba á mi edad haberlo visto todo... Pero ¡tomar la Francia los cosacos! eso es imposible... *El Monitor* nunca ha mentido tanto.

Y maquinalmente cogió el diario, lo desdobló, volvió á leer aun, y permaneció silencioso algun tiempo fijando su mirada y derramando una gruesa lágrima sobre el retrato de Kléber.

El héroe aparecía en él muy distinto del anciano mutilado; joven y esforzado, seguro y satisfecho de su gloria... Aquella estatura colosal, que parecia elevarse sobre las bayonetas mas largas, y del extremo de la llanura hacer pasear sus miradas por el campo de batalla; aquel aire de cabeza que mostraba al sol su ojo perspicaz fijando la victoria al fogonazo de los cañonazos, y aquella frente harto espaciosa para su sombrero de penachos tricolores; aquella cabellera cubriendo su espalda como la melena del leon sobre las de Hércules; aquel pecho inclinado á manera de muralla hácia el enemigo, presentando á las balas aquel corazon que defendia mejor que una coraza, y que solo el fanatismo tenia brazo bastante vigoroso para alcanzarlo; aquel sable en fin, cuya empuñadura acariciaba con su ancha mano, y sobre la que su brazo se apoyaba como sobre una columna, aquel sable bastantemente poderoso para sostener el peso de la república armada y del coloso donde moraba la alma grande de Kléber.

Nunca le habia producido tanta impresion al antiguo capitán alsaciano el aspecto del gigante; porque habia mucha distancia entre esta imágen, vigoroso emblema de la república, y lo que era entonces el imperio; el imperio que no conservaba de su emperador sino su pequeña estatura y su aire de águila envejecida.

¡Ellos en Francia! repitió como dirigiéndose á su antiguo general... Te lo oí decir sin embargo, un día que parecia dispuesto á llegar hasta nuestro territorio: «Granaderos, sois mas capaces de escalar la luna, que esos babiecas de atravesar el Rhin.» Y hoy... tu asesino te ha prestado un servicio; no verás donde nos ha conducido aquel que te dejó en Egipto... le conoces á fondo... Toda la revolucion ha sido vana, y ni aun nuestras fronteras han sido respetadas. ¡Hé aquí al hombre! Si vinieses, añadió, no estarian os de esta suerte; al menos tú te batirias aunque no tuvieses mas que dos piernas de palo, y yo... pero tengo dos hijos... Herman, di á mis hijos que vengan.

El capitán Saurfield estaba siempre dominado por la melancolía, ostentaba un carácter afable, y una fria dulzura de modales estraños, propia de los ancianos, de los inválidos sobre todo. No habian producido impresion en él las penas agudas y profundas que le habian abrumado en diferentes épocas de la vida. A pesar suyo se habia visto obligado, desde el

año VIII, á renunciar á su profesion, después de haberle amputado la pierna sobre el campo de batalla de Zurich; las guerras de la república le habian hecho conocer muy bien las emociones nobles y embriagadoras de que puede disfrutar un soldado, el útil y generoso sacrificio, las cualidades, los recursos que pueden prestar las armas por sí mismas, y en los que se participa de la gloria, ayuda y peligros.

Saurfield habia sentido en estremo el asesinato de Kléber. Este grande hombre, sin usar como otros muchos de charlatanismo para hacerse amar de sus soldados, era querido de todos, porque cada uno creia reconocerse á sí mismo en él. Kléber era el guerrero mas cumplido que hubo jamás, y no tenia en torno suyo un solo infante, ginete, artillero, oficial ó cualquiera otro que no pudiera verse retratado en su general. Kléber era todo un ejército, mas bien que el genio que lo dirigia.

El hundimiento de la república dió tambien un golpe terrible al corazon del veterano: detestaba al hombre del 18 brumario, y esta aversion no hizo sino acrecentarse al verle destruir paso á paso la revolucion. En efecto, aquellos que han derramado su sangre en favor de ella, son los que pueden pedir una estrecha cuenta á la memoria de Napoleon, y decirle: «¿Qué has hecho de la república?» como le decia al directorio, el día que la hundia para elevar ese imperio que ni aun ha sabido conservar.

Por último, algunos años después de su casamiento, una circunstancia misteriosa pareció turbar de repente la existencia del capitán Saurfield: lo habia ocultado cuidadosamente á todos: pero algunos ciudadanos de la pequeña ciudad de Alsacia que habitaba, decian sigilosamente que habia obligado dos veces á uno de sus vecinos á batirse en secreto con él, y que en cada una de ellas habia quedado vencido. La única cosa de que no se puede dudar, es el odio profundo que este hombre inspiraba al capitán Saurfield, y se aumentó todavia cuando su hijo primogénito, Lubberto, joven de un carácter raro é indómito, se declaró amante de una sobrina, hija adoptiva de su enemigo.

En esta situacion tuvo el capitán que llorar sobre la suerte de la patria, y pensó en entregarla sus hijos como habia hecho consigo mismo otras veces. El segundo Arnold tenia el carácter apacible de su padre; se dedicaba á las funciones de ministro del culto reformado.

«El enemigo está en Francia,» dijo el capitán en el momento que aparecieron sus hijos.

Lubberto entró con un aspecto sombrío y la vista baja, y la fijó repentinamente en la de su padre; Arnold levantó la suya hácia el cielo.

«¿Qué pensais de ello, hijos? añadió Saurfield.»

«Que esto no podia terminar de otro modo; dijo Lubberto con tono brusco y amargamente burlesco: la Francia creyó que la república no la habia defendido bastante bien; necesitó un emperador que la defendiese.

«No se trata ya de Bonaparte, Lubberto, contestó el capitán: nuestro país está invadido. Sois hijos de un soldado demasiado anciano, demasiado impedido; pero sois jóvenes y valientes: pagareis por vosotros y por vuestro padre. Abrazadme, é idos á batir como bravos con los extranjeros.

Lubberto retrocedió un paso. No, dijo, no: el emperador ha hundido la república, ¿no nos lo habeis dicho cien veces? Su botín se le escapa: no seré yo quien coadyuve á que lo disfrute. ¡Dar mi vida por un señor! La tengo en mas precio; sacrificarse por otro hombre, que ni es nuestro igual, ni nuestro amigo, es accion propia no de un hombre, sino de un perro; y no comprendo lo que es esa fidelidad canina, de la que los magnates hacen virtud en provecho de su egoismo. No serviré, padre mio, añadió el joven insistiendo en esta palabra, jamás serviré á nadie.

En cuanto á mí, dijo dulcemente Arnold, estoy dispuesto. Renuncio á mi vocacion por aceptar mi herencia, y haré como mi padre ha hecho en su tiempo.

«Yo lo haria del mismo modo, contestó Lubberto con un tono menos brusco, porque amaba con ternura á su hermano; yo del mismo modo, si, como mi padre, tuviera una causa santa que defender; pero un grande hombre, añadió con amargura, á fé mia, que salga de ello como pueda: porque ¡lo amamos mas ahora que nos ha colocado en el estado en que nos hallamos? Ha hecho volver los emigrados, hace venir al extranjero; ha destruido la libertad, compromete el territorio; lo ha perdido todo, hasta el alma y el cuerpo de la patria; no derramaré por él una gota de mi sangre; bastante ha hecho derramar por su ambicion, su despotismo: sangre circula por sus venas, que la derrame; le niego la mia.

«Lubberto, dijo el capitán con una frialdad severa, ¿tienes pues en mucho tu vida?»

«No la tenía en mucho, padre mio, respondió el joven, el día que en nuestra montaña os salvé de dos lobos furiosos, sin otra arma que esta, añadió arrojando un largo cuchillo sobre una mesa. Cuando el extranjero llegue hasta nosotros, como puede suceder á la pobre Alsacia, no seré el menos denodado de sus hijos. Que hicieran otro tanto los habitantes de cada provincia en ellas; pero ni aun una vez iré á hacerme el caballero errante del 18 brumario, á sostener que la corona de Bonaparte es la mas bella del mundo, y tomar por divisa *Napoleon por la gracia de Dios*... No! mil veces no!

«Debe lamentarse su talento, dijo Arnold, y no fiarnos de él, porque es grande.

«El genio de la revolucion, dijo Lubberto, era quizá mas grande que el suyo: aquel ha hecho nuestra salvacion y su fortuna, Bonaparte la ha sofocado; que sufra por ella el condigno castigo.

«Hijo mio, contestó el capitán, no lo amo mas que tú, pero entre él y el extranjero, média nuestro país. El esperar al enemigo no seria oportuno, Lubberto, seria demasiado tarde: es preciso salir al encuentro, sin que falte el terreno para esperarle. Cada pulgada del suelo nativo que se le impida pisar, es mas apreciable que una legua de país conquistado.

«Sí, ciertamente, replicó Lubberto; y para salvar uno de nuestros departamentos, el emperador, si fuera sabio, debería soltar todos estos pedazos de Europa que ha cogido de una y otra parte. Por lo demás no tardariamos en reconquistarlos; y es esta una razon mas para que permanezca aquí, padre mio. El Rhin no defiende sino esta parte de acá de la Francia: los suizos están al otro estremo, y su neutralidad nada im-

porta: mi sitio es á vuestro lado; y, añadió con firmeza, al lado de quien me está confiado, porque no quiero engañaros: jamás abandonaré á lo que estoy ligado por un juramento, y que quizá no há mucho tiempo aun...

Detúvose aquí su voz, como si temiera proferir un mal presagio.

La del capitán Saurfield estaba mas animada que de costumbre cuando respondió:

«Sabia muy bien, hijo mio, que no estabas retenido únicamente por tus aversiones: ha sido mi objeto inspirártelas mas bien que desviarte de adhesiones que condeno. Evita los enemigos de tu país; libértelos de ellos á tu padre; y después engríete de abrigar tales sentimientos. El encontrar razones contra sus deberes de hijo y de ciudadano, es tener en efecto un alma poco comun.

«Padre mio, contestó el joven, participo de vuestro odio cuando es justo, pero jamás constituiré parte de mis deberes de hijo el olvido de mis propios sentimientos. Como ciudadano, no quiero ya ser seducido por palabras ni por hombres: mi conciencia es mi única regla, y me dicta que los hombres de energia no deben sacrificarse sino por aquello que lo merece, por un jefe de su eleccion, por un país donde un hombre no pierde de su libertad, sino aquella parte absolutamente imposible de salvar entre los hombres. Si no amara mas que á ella, en el tiempo en que vivimos no empuñaria mi fusil sino para defenderla; pero existe un ser débil y desgraciado á quien amo tambien; una muger, cuya juventud, herida de un mal irremediable, no es sino sufrimiento y tristeza; no tiene mas consuelo y sosten que el que yo pueda prestarle: el abandonarla seria una desercion, una cobarde desercion: no hay deber que mande eso, y si lo hubiera no lo observaria, aun cuando hubiese jurado cien veces cumplirlo.

«Patria, hermano, ¿se encierran en una palabra? dijo Arnold; y este suelo que regó nuestro padre con la misma sangre que vivifica tu corazon, no es para tí sino un poco de lodo desleído por el agua del cielo.

«No, hermano mio, respondió el otro; pero cuando no veo sino hombres sojuzgados y faltos de valor, mi patria está allí donde viven aquellos á quienes amo: espacio infinito para que pueda cubrirlo con mi cuerpo: no saldré de ella.

«¿Y si te obligase á ello, dijo el capitán con emocion, si te lo mandase?»

«Me obligariais á desobedecer, contestó Lubberto pausadamente.

«Puedo al menos renegar de tí, exclamó Saurfield irguiéndose sobre su pierna ausente; renegar de tí, maldecirte, hijo dos veces rebelde! Los hombres me han obedecido otras veces, de los que el mas dócil juraba como un condenado, y que hubieran arrojado sus fusiles para llegar mas pronto á la batería donde les designaba seguirme.

«Padre mio, dijo Arnold, tranquilizaos: sabeis muy bien que tiene la cabeza organizada de este modo.

Lubberto retrocedió algunos pasos, abrió bruscamente el *sourtout* que cubria su pecho, y mostrando las cicatrices eternas que los colmillos y garras de dos lobos encarnizados habian ocasionado en él:

«¿Es aquí, preguntó, donde caerá vuestra maldicion?»

El capitán volvió la cabeza... hizo un ademán... Lubberto salió. Arnold le siguió con una mano puesta sobre el hombro de su hermano, y con la otra haciendo ademán á su padre para que se tranquilizase. (Continuará.)

EL DESIERTO,

por Arago.

IV.

LA MANGA.

Algunos pájaros perdidos se cernieron al día siguiente sobre la caravana, y muchos de ellos cayeron en nuestras manos: sus fatigadas alas no podian conducirlos á sus abrigos naturales, y querian mas bien entregarse á discrecion, que luchar en vano contra la distancia que los espantaba y el calor que mataba su energia.

Segun los cálculos de un jefe experimentado, debiamos llegar dos días después al límite de las arenas movibles, para entrar en la zona pedregosa que circuye casi en su totalidad el gran desierto; pero solo la poderosa voluntad de Dios dispone de los acontecimientos, y la alegría del hombre se convierte en desesperacion desde que resuena la voz del Hacedor supremo.

El árabe se equivocó, y otros jefes rivales suyos le condenaron á seguir el camino á pié y con los ojos vendados. Otro árabe, insolente en sus palabras, se puso al frente de la columna, y queriendo dar un mentís á la ciencia del primero, ordenó un cuarto de conversion: ocho horas después sufría la misma suerte que su compañero, y los dos se vieron obligados á confesar su ignorancia.

La noche fué tormentosa, el cielo apareció sombrío, los relámpagos rapidísimos, los torbellinos de agua y de arena penetrantes. Arabes, negros, camellos y caballos... nadie sabia cómo arrostrar la atormenta que por todas partes nos amenazaba. Los mas hábiles aconsejaban que se siguiese la direccion del huracan, que debia dejarnos, al menos, el paso espedito; prohibieron que se levantasen tiendas, y fueron obedecidos, y nos encontramos sin norte, sin orden, sin brújula, sin estrellas, errando en el espacio y buscando inútilmente apoyo en un terreno empapado, en el cual nos hundiamos hasta las rodillas.

Así caminamos mientras nuestras fuerzas nos lo permitieron; pero al amanecer nos tendimos en la arena y no quisimos ya combatir contra las ráfagas caprichosas.

¡Oh prodigio! No lejos de nosotros y en una zona respetada por el huracan, ví claramente el tronco de un hombre sin cabeza... sin duda habia pertenecido á otra caravana que nos precedia: ninguna gota de agua habia refrescado su cuerpo antes de morir, ningun rocío habia humedecido sus labios.

Aquel cadáver derecho, sostenido por dos palos plantados en la arena, dominaba el horizonte, y todas las miradas se dirigieron hácia él, sin que de ningun labio saliese una sola frase de dolor ni de asombro.

Ya no había nubes en el cielo, ni relámpagos en el espacio: el viento había desaparecido y el sol nos enseñó el camino que debíamos seguir, el cual recorrimos al principio con bastante rapidez. Pronto se pararon los primeros camellos y llegamos a un campo en que la muerte dominaba como soberana absoluta.

Estaba cubierto de osamentas de camellos y de hombres. ¿Los había devorado el simoun? ¿Habían sido pasto de los tigres y leones? Sin duda fueron víctimas de la sed: volví involuntariamente la cabeza para ver si divisaba el cuerpo del árabe infeliz, condenado a una muerte más dulce, porque había sido más pronta.

Me puse a escuchar... ¡Nada! ¡Nada! Ningun ruido llegó hasta mí y empecé a padecer. Más hubiera querido escuchar los rugidos de las fieras ó el silbido del boa constrictor... la desesperación me hubiera atormentado menos; una agonía cualquiera hubiera sido menos lenta, menos cruel que aquel sepulcral silencio.

Hay seres bien desgraciados en el mundo: son los que no han conocido ningún género de infortunio... merecen nuestra compasión, porque para ellos todo es monótono, todo triste. Seguramente desconocen la diaphanidad del agua, el perfume de la flor, la majestad del horizonte, la religión de la tempestad y el encanto de la ternura maternal.

¿Qué es el placer para quien no ha sufrido? ¿Qué es la felicidad para quien no ha derramado lágrimas? El descanso sin sueño, el beso sin dulzura, el invierno sin escarcha.

Por mi parte nada tengo, en cuanto á este particular, de que quejarme, porque nada ha faltado á mi vida de cuanto podía hacerla agitada, turbulenta, ruda y tenebrosa. Cuando pienso en mi punto de partida, cuando veo hasta dónde he llegado, deduzco que existe una lógica perfecta en los decretos eternos, y que me sería fácil de probar el imperio de la mentira, si hubiera trascendido para mí un día solo sin nubes en el cielo y sin heridas en el corazón; si los naufragios no hubieran coronado mis más lejanas peregrinaciones; si los huracanes me hubieran respetado en mis travesías; si el hambre, la sed y el tifus no hubieran sido los compañeros inseparables del peregrino, que ha sabido combatir sin quejarse y sin acusar como los hombres dichos, á la Providencia.

Siempre ha entablado sus luchas contra los hombres y los elementos... ¡Ah! Esto es mucho, es demasiado para quien solo cuenta con dos brazos, con un pecho y con un corazón.

Hé ahí el desierto y sus desoladoras calamidades; pero aunque camino por un océano de arena, el Eterno vela sobre mí, y espero, sí, espero que me llevará á puerto, si tengo fé en su inmenso poder, mientras duren los terribles combates á que me entrego.

Ni un grito en el espacio, ni una nube en el horizonte, ni un buitre en el aire. La columna desfila triste y silenciosa: el ruido de los elementos ó el de las fieras es siempre el preludio de alguna catástrofe: así todos miran alrededor ó detrás de sí, para averiguar de qué lado llegará el peligro.

La noche se acercaba y los últimos rayos de un sol de fuego se hundían poco á poco en las capas espesas de una atmósfera pesada y candente.

Ibamos hácia el Norte y nos preparábamos á comer, cuando un silbido agudo, semejante á la aspiración de un gigantesco fuelle, llamó nuestra atención. Todas las miradas se dirigieron con ansiedad hácia el Este, de donde procedía el fenómeno... Nada... Hubiéramos sospechado la llegada de algunos boas monstruosos, si estos reptiles pudiesen vivir en aquellos arenales sin agua, sin insectos y sin bosques.

¿Qué era pues?

Allá á lo lejos se levantaba una columna: su base estaba en la tierra: su cabeza en el cielo.

La columna se acerca, se estrecha, voltea sobre su eje, toma elasticidad, se encorva con gracia, y se convierte en una cinta ondulosa, después de haber sido un tubo regular de fuego.

Adelántase sin detenerse.

Ya es una masa colosal, que se divide en otras muchas, rápidas como la primera, y que aumentan de volumen á medida que avanzan.

Aunque quisiéramos evitarlas, nos sería imposible hacerlo, porque su marcha es velocísima. Debemos esperarlas y prepararnos al choque. Un espectáculo aterrador se desarrolla á nuestra vista: diez, veinte, treinta, cien columnas aspirantes forman galerías y subterráneos profundos, estrechos, cortados por otras columnas lejanas que corren y se precipitan sobre las primeras, como para destruir las por los flancos.

—Estó ser el hermano del simoun, me dijo un árabe que se había prosternado.

—¿Lo has visto ya alguna otra vez? le pregunté.

—Nunca.

—¿Y cómo sabes que esas mangas y el simoun son de la misma familia?

—Porque matan y tragan.



El carnaval en París.

—Es decir que ha llegado nuestra última hora.

—Así esperar yo.

—¿Y por qué lo esperas?

—Porque decirlo mi padre.

—¡Ah! ¿Tu padre ha visto esas mangas?



El carnaval en París.

—Tres veces.

—Y sin embargo no le han tragado: esperemos que nos suceda lo mismo que á él.

La tormenta nos había alcanzado ya: sus piés hacían resonar el suelo que retemblaba, y en el interior de sus masas vesiculares y diáfanas como una gasa, veíamos subir y perderse en las altas regiones atmosféricas olas de arena y de piedras, entre las cuales aparecían insectos, pescados, reptiles y cuadrúpedos, que solo podíamos descubrir por intervalos.

Aquel ataque de furiosos enemigos, contra unos adversarios inmóviles, ofrecía un magnífico cuadro, cuyo encanto nunca revelará pincel alguno, porque en la imagen faltaría el movimiento, el estrépito, las ardientes luchas de las columnas al embestirse, al separarse, al encontrarse de nuevo y al evitarse mutuamente.

¿Y cómo pintar la ira con que unas combaten y la docilidad con que otras se prestan á ser devoradas, para convertirse de pronto en dominadoras?

Los grandes artistas que han retratado el espacio arrojarían las paletas, los pinceles y sus brillantes colores.

Estas ideas no me ocurrieron hasta que desapareció el fenómeno. Aguardando por momentos su embestida, permanecía sin aliento, así como todos los demás seres de la caravana, á fin de evitar el contacto de aquellos singulares y formidables proyectiles, tan mortíferos como los aludes que se desprenden de las crestas de las montañas arrastrando en su carrera bosques enteros, aldeas y habitantes.

A ninguno de la columna alcanzó su furor, y sin embargo se aproximaron tanto las columnas, que con caminar quince pasos á derecha ó izquierda, las hubiéramos podido tocar con la mano.

Tan luego como cesó el peligro, nos levantamos del suelo considerándonos felices, seguimos fieramente con la vista á las mangas que se alejaban, nos reímos de sus amenazas, y cerca de mí vi al árabe asustado, que recitaba en voz baja varios versículos del Alcorán, á los cuales atribuía sin duda su milagrosa conservación.

Pero el prodigio no había terminado aun. Hizo alto, vencido por un viento que se le oponía; irriose contra la resistencia, rugió, aceptó la lucha que se le ofrecía, estrechó sus filas y arrancó del entreabierto suelo nuevas fuerzas; pero sucumbiendo al peso formidable de sus mismas municiones, se deshizo con espantoso desorden aquel inmenso edificio. ¡Oh! Entonces resonaron mil baterías en juego y metrallazos sin descanso; el cielo parecía venirse

abajo con horribles estallidos, ó mas bien la arena aspirada volvía á sus dominios para volverse á elevar formando montañas endulantes en el mismo camino que habían recorrido las mangas. Todo él estaba abierto y lleno de grandes fosas, capaces de sepultar á una ciudad petrificada. En el sitio en

que acababa de hundirse el meteoro, se levantaban colinas bizarras, fantásticas, cortadas en forma de agujas circulares, prolongadas, estendiéndose en todas direcciones y fuertes y altaneras, hasta que el simoun, enemigo capital de los estorbos y de las asperezas, las destruyese y nivelase con el suelo.

Cuando llegue ese día fatal, estaremos probablemente muy lejos de aquellas regiones, y habremos referido á nuestros amigos los fenómenos terrestres que el Africa central arroja á los piés de los exploradores imprudentes.

Aproveché la calma y el estupor de la caravana para adelantarme á estudiar los efectos del desastre; pero me acompañó el árabe, y como ya no existía el peligro, hablaba el cobarde con infatigable volubilidad. Le impuse silencio no contestando á sus palabras, y llegamos al pié de las colinas que acababan de elevarse en el desierto. ¡Espectáculo maravilloso!

El suelo se agita, la arena sube, cae, vuelve á levantarse y se desploma en desiguales sacudidas. Me acerqué al fenómeno, toqué con la culata de mi pistola un montecillo más agitado que los demás, siento una resistencia tenaz y me empeño en deshacerlo: era un horrible sapo. Sin duda otros animales han viajado en los torbellinos, que los han arrebatado de sus moradas y del seno de sus familias: en efecto, solo se ven por todas partes cadáveres despedazados de murciélagos, de lagartos, de ratas, de culebras, de víboras, de tántalos y de topos, envueltos en un mismo sudario y reunidos por la misma catástrofe.

¿De dónde procedían aquellas hambrientas mangas? ¿En qué punto se habían apoderado de aquellos alimentos animados? ¡Qué increíble mezcla! ¡Cuánto debieron sorprenderse los reptiles y los cuadrúpedos al encontrarse en tan diversos elementos, en aquellas temperaturas y en tan diversas zonas!

Hubiera querido reunir en un mismo frasco los animales y los insectos que removía sin cesar; pero la señal de marcha llamó á mi compañero, y me reuní á la caravana, después de haber llenado mi gorra de arena, en la cual, con el mayor asombro, solo encontré después los restos de una araña y tres plumas de cigüeña.

(Continuará.)

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.